

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA

Los Danicheff

o

EL SIERVO RUSO

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO NEWSKI

TRADUCIDA Y ARREGLADA POR LOS SEÑORES

D. VALENTÍN GÓMEZ Y D. FÉLIX GONZÁLEZ LLANA



MADRID

Mayor, 16, entresuelo.

1898

5

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA

Los Danicheff

o

EL SIERVO RUSO

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO NEWSKI

TRADUCIDA Y ARREGLADA POR LOS SEÑORES

D. VALENTÍN GÓMEZ Y D. FÉLIX GONZÁLEZ LLANA

Representada con gran éxito en el Nuevo Teatro de Madrid
la noche del 21 de Noviembre de 1898.



MADRID

Mayor, 16, entresuelo.

1898

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
OSIP. 33 años.	Sr. Sánchez de León.
WLADIMIRO DANICHEFF. 25 »	Vaz.
EL PRÍNCIPE VALANOF. . 70 »	Mendiguchía.
ROGER DE TALDÉ. . . . 40 »	Mata.
EL PADRE ANDRÉS. . . . 50 »	Ruiz Tatay.
NIKIFOR. 30 »	Domínguez.
IVAN. 60 »	Oliva.
LINDER. 42 »	Larraz.
LA CONDESA CATALINA. . 50 »	Sra. Luna.
LIDIA. 25 »	Srta. Moreno.
ANA. 20 »	Sra. Lamadrid.
LA BARONESA DOZEN. . . 42 »	Delage.
MARIANA. 50 »	Agosti.
LA SEÑORA GERMAIN. . . 40 »	Castellón.
ZAKAROFF. 50 »	Sr. Pastor.
EL DOCTOR KOUREF. . . . 50 »	Molina.

CRIADOS, SIERVOS, ETC., ETC.

La acción se supone ocurrida en Rusia. El primero y último acto en el palacio de Los Danicheff. El segundo en Moscou, y el tercero en casa de Osip, en Morozouski.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los que haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de los Hijos de D Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Al Sr. D. Enrique Sánchez de León

a cuyo talento de actor y de director de escena se debe en gran parte el éxito obtenido por esta obra, dedícanle la modesta labor que en ella han empleado, sus amigos cariñosos y agradecidos,

Los Autores.



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill



ACTO PRIMERO

Decoración gótica que representa un salón del castillo señorial de la Condesa Danicheff. Muebles antiguos y ricos. En las paredes se ven varios retratos pintados al óleo. El fondo de la escena comunica con una capilla por medio de otro arco con tapiz que cubre una escalera. La puerta de la izquierda se supone que es la de la salida del castillo y la de la derecha comunica con las habitaciones interiores del mismo. En diferentes sitios de la escena se ven varios animales disecados y un loro en su jaula.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA, ANA Y MARIANA

Al levantarse el telón estos personajes se encuentran agrupados de la siguiente manera: la Condesa sentada en un gran sillón con una perrita en el regazo, ocupada en bordar. Ana sentada cerca de ella en una silla baja está leyendo en alta voz: Mariana hace en la mesa varias combinaciones de cartas con una baraja.

ANA. *(Leyendo)* «Oh, sí, amado mío; vivir juntos ó morir. Prefiero la muerte á la separación.»

COND. *(Interrumpiéndola)* ¡Que vivan juntos ó que se mueran!

ANA. ¿Sigo leyendo?

COND. No, basta. Qué novela más fastidiosa!

ANA. *(Cerrando el libro)* Como guste su excelencia.

MARIA. ¿Quiere la señora Condesa que eche las cartas?

COND. ¿Las cartas?

MARIA. Ellas nos dirán la verdad. Por ellas sabremos

- si el señor Conde obtendrá por fin la licencia que ha pedido.
- COND. Y que no acaba de llegar.
- MARIA. Ahora lo veremos.
- COND. ¿Pero tú crees en semejantes brujerías?
- MARIA. Las cartas no mienten nunca. Mis pobrecillas me lo dicen todo, todo. ¿Empiezo?
- COND. Empieza. Pero procura que tus noticias sean más alegres que otras veces, porque para tristezas basta con las mías. ¡Ana! (*Dándole palmaditas cariñosas en la cara.*)
- ANA. Señora!
- COND. Ve á buscar un bizcocho para el loro y de paso llévate á *Frisete*. (*Ana sale llevándose la perrita.*)
- MARIA. (*Después de barajar unos instantes y de echar dos cartas sobre la mesa.*) Excelencia!..
- COND. ¿Qué hay?
- MARIA. (*Señalando las cartas.*) El rey de oros y el caballo de espadas juntos... ¿No lo decía yo?
- COND. Y eso ¿qué significa?
- MARIA. Pues está claro. Que no tardará en llegar el aviso.
- COND. (*Fijándose con interés en el juego.*) ¿De veras?
- MARIA. (*Echando otras dos cartas.*) As de espadas y sota de oros. Sí; no hay duda. Licencia concedida por mediación de un elevado personaje de la corte. (*Sigue echando cartas.*)
- COND. La princesa Lidia.
- MARIA. Y además amor vivísimo, matrimonio próximo del señor Conde.
- COND. (*Con alegría.*) ¿Un matrimonio?
- MARIA. Con una noble, rica y hermosa dama.
- COND. La Princesa.
- ANA. Señora Condesa, Ivan pide licencia para entrar.
- COND. (*Sin volver la cabeza.*) Que pase. (*á Mariana.*) ¿Con que decías?
- MARIA. Que no se extinguirá la poderosa familia de los Danicheff.
- COND. Y me felicito de ello. Mi hijo y yo somos los últimos descendientes de esa raza.

ESCENA II

LOS MISMOS. IVAN *entra y se detiene en el umbral con una bandeja de plata en la mano.*

- IVAN. (*Inclinándose con sumisión.*) Excelencia.
COND. ¿Qué hay?
IVAN. Acaba de llegar el correo.
COND. (*Levantándose.*) ¿Viene alguna carta de Moscou?
IVAN. Una para el señor Conde.
COND. ¿Se la has entregado á él?
IVAN. Sí, excelencia.
COND. Está bien... Deja ahí las demás.
IVAN. (*Coloca la bandeja sobre la chimenea.*) ¿Tiene su excelencia que darme algunas órdenes para el viaje del señor Conde?
COND. Dispón todo lo necesario. Aunque no ha llegado todavía el aviso que esperamos, bueno es estar preparados, por si acaso.
IVAN. Así lo haré.
COND. Cuida también de que esté dispuesto el carruaje de camino, y no te olvides de las provisiones.
IVAN. Aunque el momento no sea muy oportuno, desearía que su excelencia me dispensara el honor de oír una súplica.
COND. Veamos.
IVAN. Entre los matrimonios que la señora Condesa ha fijado para el otoño, está el de la costurera Olga con el cochero Osip...
COND. Cierto. ¿Y qué?
IVAN. Que como ninguno de los dos siente la más ligera inclinación hacia el otro, yo, en nombre de ambos, vengo á rogar á su excelencia...
COND. (*Interrumpiéndole.*) ¡Basta! Me sorprendé que después de haberme servido durante treinta años, te atrevas á comunicarme semejantes impertinencias.
IVAN. ¡Señora! (*Inclinándose de nuevo.*)
COND. Ya sabes que cuando doy una orden se cumple, porque antes de darla, pienso siempre en el bien de mis súbditos.
IVAN. Pero...

- COND. No hay *pero* que valga. (*Le despide con un gesto. Ivan se inclina, y se dirige hacia la puerta.*) Escucha... (*Ivan se vuelve.*) ¿Qué hay de nuevo en la yeguada?
- IVAN. Dos crías.
- COND. ¿Potros?
- IVAN. Sí, señora.
- COND. Ten mucho cuidado con ellos, porque deseo regalárselos al príncipe de Valanof. (*Le despide de nuevo.*) ¡Ana!...
- ANA. ¡Señora!
- COND. Anda, hija mía, ve á buscar mi chal de paseo. (*La Condesa trata á Ana con gran dulzura.*)
- ANA. Voy... (*Váse.*)
- COND. (*Acercándose á la jaula del loro y acariciándolo.*) ¿Ya te has comido el bizcocho, glotón?

ESCENA III

LOS MISMOS y WLADIMIRO, *que entra vestido con un sencillo traje de campo y botas altas de charol.*

- MARIA. (*Levantándose y antes de salir.*) ¡El señor Condel!
- WLADI. (*Acercándose y abrazando á su madre.*) Buenos días, madre mía.
- COND. ¡Wladimiro!
- WLADI. Tengo que darte una mala noticia.
- COND. ¿Qué sucede?
- WLADI. (*Entregándola un papel.*) Acabo de recibir esta orden, negándome la prórroga que había solicitado.
- COND. Me lo temía.
- WLADI. De modo que tengo que salir para incorporarme á mi regimiento.
- COND. ¿Y cuándo piensas marcharte?
- WLADI. Esta misma tarde.
- COND. Sea. El deber es lo primero cuando se quiere adelantar en cualquier carrera, en la de las armas sobre todo, y yo deseo que asciendas rápidamente.
- WLADI. No soy ambicioso.
- COND. No digas eso. Ya sabes que no me agrada que mires con tanta indiferencia todo lo que se relaciona con tu porvenir. El mismo defecto tenía tu pobre padre y nos ocasionó mil dis-

gustos. Si hubiera seguido mis consejos, en vez de estar ahora recluidos en el último rincón de Rusia, viviríamos en Moscou; y en vez de los galones de capitán llevarías tú en la bocamanga los entorchados de general.

WLADI.
COND.

¿De manera que tú ambicionas?... Que brilles en el mundo, que ocupes en la corte el lugar á que te da derecho la nobleza de tu origen. Mi antiguo amigo, el príncipe Boris, que está en muy buenas relaciones con el Gobernador general de Moscou, me ha prometido gestionar tu ascenso y presentarte al Zar. Yo deseo que intimes con el Príncipe, y con su encantadora hija la princesa Lidia, de quien te he hablado tantas veces. Sería un excelente partido, una alianza ventajosa para nuestra casa.

WLADI.

Puesto que tú misma, madre mía, llevas la conversación hacia este asunto, permíteme que también yo te hable seriamente de mi porvenir. *(En este momento entra Ana)*.

COND.

(Con alegría) ¿De modo que ya habías pensado en ello? No te puedes imaginar el placer que me proporcionaría ese matrimonio.

ESCENA IV

DICHOS y ANA.

ANA.

(Aparte) ¡Un matrimonio! ¡Dios mío! *(alto)* Señora, el chal. *(Ana ofrece el chal á la Condesa, y ésta le hace señas para que lo deje en el respaldo de una butaca.)*

COND.

El mejor día de mi vida será aquel en que te dé mi bendición y con ella todas mis alhajas para tu prometida. *(Ana mira unas veces á la Condesa y otras á Wladimiro. Está muy pálida)*. ¿Qué te sucede? *(á Ana)* ¡Ah! ¿Crees que te voy á dejar sin un regalito? No temas, te reservaré algunos de mis mejores brillantes para que los luzcas también el día de tu boda.

ANA.

WLADI.

(Con gran turbación.) ¡Señora! Creo, madre mía, que ciertas cosas no deben tratarse delante de testigos. ¿Tenéis la bondad, señorita, de retiraros durante algunos momentos? *(Ana vuelve á salir con las mismas*

muestras de pesar, pero sin decir una sola palabra.)

COND. (*Asombrada.*) ¿Qué significa ese tono ceremonioso? ¿Por qué llamas á Ana señorita, en vez de tutearla como otras veces?

WLADI. Esto significa, madre mía, que se acerca el momento más solemne de mi existencia, y que voy á dirigirme á ti para hacerte una súplica de la cual depende toda mi felicidad.

COND. Di.

WLADI. Se trata, en efecto, de tu bendición; pero la joven á quien amo con toda mi alma no se parece en nada á esa rica Princesa cuyo esplendor y fausto admiran en los salones de Moscou. La mujer que yo he elegido para esposa es de origen humilde, muy humilde; pero tiene encantos y perfecciones que no se alcanzan ni con la nobleza ni con la fortuna, y como yo deseo casarme para mí, no para el mundo, la he elegido consultando á mi corazón antes que á las preocupaciones de raza y á los deseos de lucro.

COND. (*Alarmada.*) Pero ¿quién es? (*Pausa.*) ¿Alguna de nuestras vecinas, sin duda?

WLADI. No.

COND. ¿Pues entonces? Vamos, habla. (*Muy impaciente.*)

WLADI, (*Haciendo un gran esfuerzo, como el que adopta una resolución desesperada.*) La joven á quien amo no está lejos de aquí, y tú la conoces tan bien como yo, ó mejor que yo, madre mía.

COND. (*Empezando á comprender.*) ¡Que yo la conozco!... No te comprendo.

WLADI. Y la amas como á una hija.

COND. ¿Eh? ¡Qué quieres decir!... Yo creo que te estás burlando de mí, ó que te has vuelto loco...

WLADI. ¡Madre!

COND. ¡Ea!... Acabemos... ¿Quién es?

WLADI. Ana.

COND. ¡¡Ana!! (*Con el asombro propio de la situación.*)

WLADI. Sí, Ana, tu ahijada á quien has recogido y amparado desde su infancia.

COND. (*Con gran indignación*) ¡Cómo! ¡El conde Wladimiro no sólo se rebaja hasta el punto de amar á una humilde lugareña, á una sierva miserable, sino que se atreve á declarar tan vergon-

zosa inclinación á su madre, á la condesa Danicheff, pidiéndola que le autorice para deshonrar su apellido? ¡Nunca! ¡Nunca! Antes de tolerar semejante humillación, preferiría ver el fin de mi raza.

WLADI. ¡Madre!

COND. No sé lo que me digo cuando me faltan al respeto.

WLADI. (*Con dulzura y cariño.*) Yo no he olvidado nunca el respeto que te debo. Si el sentimiento que Ana me inspira sólo fuera uno de esos caprichos pasajeros de la juventud, jamás me hubiera atrevido á confesártelo. Largo tiempo he sufrido en silencio, largo tiempo he luchado contra mi corazón, pero cuando me he convencido de que ni mi sufrimiento ni mi voluntad, que nada en suma, lograba vencer este amor, fiel á mi deber de hijo sumiso he venido á confesar mi secreto á la única persona que podía y debía comprenderme...

COND. (*Interrumpiéndole.*) No sigas... Todo eso no es más que la ilusión de un cerebro enfermo, el desbordamiento de un corazón generoso, influido por esas malditas ideas modernas que poco á poco se van apoderando de la nobleza rusa. Más adelante, hijo mío, tú serás el primero en agradecerme que te haya impedido hacer una locura.

WLADI. (*Estrechándole las manos y con grandulzura*) Quizá, quizá lo parezca á los ojos del mundo, pero podemos pasarnos sin él. Yo no tengo ambiciones, madre mía; abandonaré la carrera de las armas, vendré á vivir para siempre en este retiro y seremos tan felices á tu lado, que te considerarás orgullosa de nuestra dicha y de haber vencido las preocupaciones de raza. La verdadera felicidad no consiste en el esplendor y en el fausto, sino en el cariño de los seres que nos rodean.

COND. (*Un poco conmovida*) ¡Eres el vivo retrato de tu padre!

WLADI. Pues por su memoria, consiente.

COND. (*Después de un momento de pausa*) Pero aunque ames tan apasionadamente á Ana, no veo la necesidad de que te cases con ella.

WLADI. (*Retirándose ofendido.*) No quiero comprender

- la intención de esas palabras. ¿Se atrevería la condesa Danicheff á decir á esa pobre niña: «Ana: tus padres fueron mis esclavos; después de su muerte te he recogido porque mis perros, mis gatos y mis loros no lograban divertirme, dándote, por mero pasatiempo, una educación superior á tu clase. Ahora, á ti te toca pagarme esos beneficios. En premio de los favores recibidos, préstate á ser el juguete de mi hijo.»
- COND. ¡Wladimiro!
- WLADI. Antes de consentir semejante vileza, sería capaz...
- COND. ¿De qué?
- WLADI. De todo. Ya sabes que ninguno de mis antepasados ha faltado jamás á su palabra.
- COND. Lo sé.
- WLADI. Pues yo juro, por su nombre, hacerme matar en la primera escaramuza, si no puedo ser el esposo de Ana.
- COND. ¡Desgraciado! No repitas esa blasfemia. ¡Morir tú, mi hijo único!... (*Abrazándole.*)
- WLADI. ¿Accedes?
- COND. (*Después de un momento de pausa.*) Sí.
- WLADI. ¿De veras? ¡Ah!... gracias, gracias, madre mía. (*Estrechándola con efusión entre sus brazos.*)
- COND. Pero con una condición.
- WLADI. La acepto, la acepto de antemano.
- COND. Que nadie, absolutamente nadie, conozca el motivo de nuestra conversación.
- WLADI. ¿Ni siquiera Ana, á quien podría dar algunas esperanzas?
- COND. (*Con ansiedad.*) ¿Las tiene?
- WLADI. Nunca se ha atrevido á acariciarlas.
- COND. (*Aparte.*) Más vale así. (*Alto.*) Ni á ella tampoco... Esta misma tarde saldrás para Moscou. Durante el invierno procuras divertirte, y quizá con un poco de buena voluntad consigas variar de propósito.
- WLADI. ¡Madre!
- COND. Bueno. Pues si no llegas á olvidar á tu diosa de aldea...
- WLADI. ¡Esa ironía!
- COND. ¡Quieres que ya le dé el tratamiento de excelencia!
- WLADI. Quiero, por lo menos, que la trates con cariño.
- COND. Dentro de un año, si no puedes ó no quieres

vencer ese... extravagante amor, pides una licencia y vienes á recordarme el cumplimiento de mi promesa.

WLADI.

¡Qué buena eres!

COND.

Demasiado... Anda, ve á hacer tus preparativos de viaje.

WLADI.

Hasta luego, madre mía.

COND.

Hasta luego. *(Se va Wladimiro. La Condesa se queda un momento pensativa, mirando hacia el sitio por donde se ha marchado su hijo.)*

ESCENA V

LA CONDESA Y MARIANA, *que asoma cuidadosamente la cabeza.*

MARIA.

¿Se puede entrar, excelencia?...

COND.

¡Ah! ¿Estabas tú ahí?

MARIA.

(Acercándose á ella.) ¿Tenían ó no tenían razón mis cartas? ¿Cuándo es la boda?

COND.

¿Eh? ¿Quién te ha dicho que hemos hablado de boda?

MARIA.

(Señalando la baraja que lleva en la mano.) Ellas... Mis cartas... Mis cartas, que no mienten nunca...

COND.

¡Tus cartas!

MARIA.

Sí, señora.

COND.

(Con furia.) Tus oídos, que escuchan detrás de las puertas.

MARIA.

(Retrocediendo asustada.) ¡Yo!

COND.

¡Tú, sí! Pero te advierto que si dices una sola palabra, que si haces la menor alusión, vas á esperar el cumplimiento de tus brujerías en la estepa más solitaria de Siberia...

MARIA.

¡Señora! *(Inclinándose humildemente.)*

COND.

Silencio.

ESCENA VI

LOS MISMOS, IVAN Y ANA.

COND.

¿Has avisado al Padre Andrés para que dé su bendición de despedida al señor Conde?

IVAN.

Sí, excelencia. *(Viendo entrar al Sacerdote.)* Aquí llega. *(Además del Sacerdote entran Wla-*

dimiro y algunos criados, que se agrupan en el centro de la escena. En el fondo se colocan Osip y Nikifor. El primero vestido con el traje de los siervos rusos. Nikifor lleva sujeto de una cadena un hermoso perro danés. Todos los servidores se inclinan con respeto ante la Condesa.)

- P. AND. Dios conserve la vida de su excelencia.
COND. El os guarde, padre mío.
P. AND. ¿Es cierto que nuestro amado Wladimiro nos abandona de nuevo?
COND. Le reclaman las obligaciones del servicio. Esta tarde, rezaremos las oraciones por el feliz viaje de mi hijo. Encargad á todos mis súbditos que acudan á la capilla.
P. AND. Así lo haré.
WLADI. (*Se acerca á Osip*) Ea... Tranquilízate. Yo me encargo de impedir tu matrimonio.
OSIP. Gracias, señor. (*Wladimiro se acerca á Ana y habla con ella en voz baja.*)
COND. (*Aparte.*) ¡Ni aun en mi presencia se recatan! (*Alto.*) ¡Wladimiro!
WLADI. Madre.
COND. Tenía el propósito de acompañarte hasta el camino, pero el cansancio no me permite hacerlo. Vamos, despidete de todos.
MARIA. (*A Ivan*) Cualquiera diría que la Condesa tiene empeño en precipitar su partida. (*Wladimiro se despide de los criados, los cuales le besan la mano con humildad y respeto.*)
COND. Acércate, Nikifor. (*Este se acerca y saluda militarmente.*)
NIKIF. A la orden de su excelencia.
COND. No te olvides de velar por la salud de tu amo, ni de avisarme si sufre la más ligera indisposición. Cuento con tu fidelidad. (*Durante este diálogo Wladimiro cambia en voz baja algunas palabras con Ana. La Condesa lo observa*) ¡Hijo mío!
WLADI. Adiós, madre. (*Abrazándola.*)
COND. Que él te conceda todo el bien que yo te deseo. (*Le besa con gran cariño en la frente.*)
WLADI. (*Rápidamente á Ana*) Valor ¡Ana mía!
ANA. (*A media voz*) Que seáis muy dichoso. (*Se limpia los ojos con el pañuelo.*)
COND. (*Reparando en ella*) ¿Lágrimas? No se trata de una despedida eterna (*á Wladimiro*). Recibe la bendición del padre Andrés.

- P. AND. Que vuestro excelso patrón el glorioso San Wladimiro os acompañe y defienda en tan largo viaje. (*Wladimiro recibe la bendición inclinado. Los criados se arrodillan.*)
- COND. (*Dirigiéndose al sacerdote. Ap.*) Tengo necesidad de hablaros, padre mío. Dentro de un rato os espero aquí.
- P. AND. Estoy á las órdenes de su excelencia.
- COND. Vamos, Wladimiro. (*Sale por el fondo, acompañada de su hijo. Detrás de ellos van el sacerdote, Mariana, Osip y todos los demás criados y criadas. Ana se queda mirando hacia la puerta del fondo.*)
- NIKIF. (*Se dirige hacia Ana.*) Adiós, Ana.
- ANA. Dame noticias tuyas, y háblale de mí con frecuencia. (*Se acerca al perro, cuyo hocico besa con cariño.*)
- VOZ. (*Dentro.*) ¡Nikifor!
- NIKIF. Allá voy, mi capitán. (*Sale.*)

ESCENA VII

LA CONDESA, MARIANA y ANA. *Esta última se queda pensativa, revelando en su semblante un gran pesar.*

- COND. (*Secamente.*) ¡Ana!
- ANA. Señora.
- COND. Prepara todo lo necesario para escribir... Ven aquí, á mi lado. (*Señalando la mesa.*)
- ANA. (*Acercándose*) Cuando guste su excelencia. (*Se limpia los ojos.*)
- COND. Ea. Basta de lágrimas... Ya te he dicho que no hay motivo para ello.
- ANA. Es que...
- COND. (*Interrumpiéndola.*) Sí, sí; ya sé que eres muy sensible y muy agradecida. (*Con ironía.*)
- ANA. ¿Qué he hecho yo para incurrir en el desagrado de su excelencia?
- COND. Nada... nada. Escribe. (*Dándole un pliego de papel, que habrá sobre la mesa.*) Pon ahí en letras grandes: «Acta de liberación del cochero Osip.» (*Ana vuelve á limpiarse los ojos, y empieza á escribir.*) ¿Cuál es su apellido?
- MARIA. Mikaelof, excelencia.
- COND. Está bien. «De Osip Mikaelof.» Continúa. «En

- recompensa del celo y de la fidelidad con que me ha servido siempre mi siervo legal Osip, vengo en concederle su liberación.»
- ANA. ¡Cuánta generosidad!
- COND. Sigue. »Por la presente acta, Osip Mikaelof queda exento de toda servidumbre para sí y para su descendencia directa. Y para que conste y tenga efectos legales, firmo la presente, autorizada con mi sello.» (*A Mariana.*) Una bujía y lacre.
- MARIA. Enseguida, excelencia. (*Va por los objetos.*)
- COND. (*A Ana.*) Deja un sitio para mi firma. (*Dictando.*) «Dado en mi castillo de Shava, gobierno de Novogorod, el día 17 de Octubre de 1852.» Trae... Voy á firmar.
- ANA. (*Levantándose.*) Aquí...
- MARIA. (*Se acerca con una bujía encendida y el lacre.*) Señora.
- COND. Mi sello. (*La Condesa empieza á derretir el lacre.*) Ya está. (*Sella el documento.*) Llama á Ivan. (*Mariana sale.*)

ESCENA VIII

LOS MISMOS é IVAN

- IVAN. (*Desde la puerta.*) Excelencia.
- COND. Adelante.
- IVAN. El señor conde Wladimiro está ya en camino.
- COND. Plegue á Dios que llegue bueno y sano al término de su viaje. ¡Ivan!
- IVAN. Excelencia.
- COND. He decidido que no se realice el matrimonio de Osip con Olga.
- IVAN. Gracias, en nombre de los dos, excelencia.
- COND. Llama á Osip.
- IVAN. Está ahí; precisamente venía á rogar á su excelencia...
- COND. Dile que pase.
- IVAN. (*Llamando.*) ¡Osip!
- MARIA. (*Aparte.*) ¿Qué es lo que intenta?

ESCENA IX

LOS MISMOS y OSIP

- IVAN. Acércate, Osip.
OSIP. (*Inclinándose.*) Señora.
IVAN. Ya no se celebrará tu matrimonio.
OSIP. ¿De veras?
IVAN. Sí... Su excelencia ha escuchado tus súplicas.
OSIP. ¡Oh, señora! Mi gratitud será eterna.
COND. Nada tienes que agradecerme. Si he roto tu proyectado matrimonio con Olga, es que te destino otra esposa.
OSIP. (*Sin comprender.*) ¿Otra?
MARIA. (*Aparte.*) Si fuese yo.
COND. Sí.
OSIP. ¿Quién, excelencia?
COND. Otra esposa, más joven y más linda (*pausa*).
OSIP. Pero ¿quién es?
COND. (*Señalando á Ana.*) Esa.
OSIP. (*Con asombro y alegría.*) ¿Ana?
ANA. (*Con el estupor propio de la situación.*) ¡Eh! ¡Yo!
COND. Tú... sí.
ANA. Imposible.
COND. Hace tiempo que he observado que estás nerviosa, que lloras sin motivo y creo que el matrimonio es el remedio para tus males.
ANA. Su excelencia habla en broma ¿no es cierto?
COND. Yo no bromeo nunca.
OSIP. (*Aparte*) ¿Luego es verdad?
COND. Espero que serás feliz con Osip. No puedes quejarte de mi elección, porque te doy un marido que, además de ser un hombre honrado, es un arrogante mozo.
ANA. ¡Repito que no puede ser! Que es imposible.
COND. ¡Cómo!

ESCENA X

LOS MISMOS y EL SACERDOTE

- P. AND. ¿Tiene la señora alguna orden que comunicarme?
COND. Sí, Padre Andrés. Hay aquí una linda mucha-

- cha á quien deseo casar cuanto antes. Dentro de una hora estenderemos su partida de casamiento. Yo seré la madrina.
- ANA. (*Acercándose.*) ¡Oh!... ¡no! Todavía no... (*suplicante*)
- COND. ¿Te atreverías á contrariar mi voluntad?
- ANA. ¡Señoral
- P. AND. Excelencia, para celebrar un matrimonio es necesario el consentimiento mutuo de los contrayentes.
- COND. Consentirán. ¿No es cierto, Osip? (*Un momento de pausa. Ana le mira con ansiedad.*)
- OSIP. Sí, excelencia.
- ANA. Pero yo no acepto... ¡Antes la muerte!
- COND. (*Acercándose á ella.*) Tú consentirás también.
- ANA. Por compasión... (*sollozando*). Hoy no, más adelante.
- COND. Al contrario. Enseguida.
- ANA. ¡Madrina!
- COND. Anda, ve á arreglarte un poco.
- ANA. ¡Perdón!
- COND. (*Hace una seña á Mariana.*) Acompáñala. (*Mariana se acerca á ella. Ana se retira sollozando apoyada en la criada. Seguirá sollozando hasta hacer mutis. El P. Andrés contempla esta escena visiblemente conmovido. Osip permanece en el fondo.*)
- COND. (*Al P. Andrés.*) La mayor parte de las jóvenes lloran el día de su matrimonio, pero despues se resignan con su suerte y viven dichosas.
- P. AND. Sin embargo....
- COND. Yo acepto la responsabilidad, si alguna hubiese.
- P. AND. Pero....
- COND. Es mi voluntad, Padre Andrés. (*El Sacerdote se inclina y entra en el oratorio.*)

ESCENA XI

LA CONDESA y OSIP

- COND. ¡Osip!
- OSIP. Excelencia.
- COND. Ya sé que has sido siempre honrado y leal.
- OSIP. Siempre.

- COND. Por lo mismo tengo la seguridad de que harás dichosa á mi ahijada.
- OSIP. (*Con alegría contenida.*) ¿Con que es verdad?
- COND. Sí... Espero también que procurarás amarla.
- OSIP. La amaba hace ya mucho tiempo.
- COND. (*Con asombro.*) ¿Cómo?
- OSIP. Por eso me negaba á casarme con Olga.
- COND. Pues mejor que mejor. Entonces nada tengo que advertirte.
- OSIP. Cumpliré con mi deber.
- COND. Desde hoy eres completamente libre.
- OSIP. Que Dios premie á su excelencia esta buena obra. (*En las facciones de Osip se dibuja un sentimiento de alegría.*)
- COND. Después de tu matrimonio dejarás el castillo. Te encargo de la administración de mis bienes de Morozuski, cerca de Moscou...
- OSIP. Señora.
- COND. Además, tu mujer recibirá de dote una pensión de mil rublos.
- OSIP. Ese dinero será sagrado para mí.
- COND. Está educada como una señorita, y no quiero que carezca de nada.

ESCENA XII

LOS MISMOS, ANA y MARIANA. *La segunda lleva un sencillo velo blanco, que echará sobre la cabeza de Ana al entrar ésta en la iglesia.*

- MARIA. Ea. No llores, hija mía... No hay motivo.
- COND. ¡Todavía!
- ANA. Yo no amo á Osip, ni siquiera le he hablado dos veces en mi vida.
- COND. Ahora le hablarás... (*A Mariana.*) Vamos. (*Salen las dos.*)

ESCENA XIII

ANA y OSIP

- ANA. (*Aparte.*) Procuraré disuadirle... Es mi última esperanza. (*Alto.*) ¡Osip!
- OSIP. ¡Ana!
- ANA. Tengo que hacerte un ruego.
- OSIP. Habla.

- ANA. Todos aseguran que eres un hombre honrado, y yo espero que tendrás compasión de una pobre huérfana que no te ha hecho el menor daño.
- OSIP. Habla, repito.
- ANA. Pues bien, Osip. Dí á la Condesa que no me quieres por esposa, que amas á otra mujer... que te repugno... cualquier pretexto.
- OSIP. (*Interrumpiéndola.*) ¡No sé mentir!
- ANA. ¿Eh? (*Con asombro.*)
- OSIP. (*Dulcemente.*) Por respetuosa, por humilde que haya sido mi mirada, ¿no te ha revelado claramente mis sentimientos? Cuando tenía la dicha de verte pasar á lo lejos ¿no has leído en los ojos del pobre siervo la admiración con que te contemplaba? Nadie ha sufrido en silencio iguales tormentos que yo...
- ANA. ¡Entonces mi desgracia es mayor de lo que presumía!
- OSIP. ¿Tanto horror te causo?
- ANA. No, Osip; pero si me amas, como dices, no lograré disuadirte.
- OSIP. Y aun cuando lo consiguieras, ¿qué adelantarías con ello?
- ANA. ¡Quién sabe!... Ganar tiempo.
- OSIP. La Condesa se opone.
- ANA. Pero ¿tú no sabes que el conde Wladimiro me ama?
- OSIP. Di mejor que siente por ti un capricho.
- ANA. No.
- OSIP. Sí, Ana, sí. Porque creciste al lado de los señores; porque te educaron con esmero, ¿te has llegado á figurar que algún día habían de tratarte de igual á igual? ¡Cuánto te engañas! Los nobles nunca olvidarán que somos sus siervos, y si alguna vez nos redimen de la esclavitud seguiremos sometidos á la pobreza, que es la peor servidumbre, y, como ahora, continuaremos formando parte de sus propiedades, y siendo tratados como sus perros, sus caballos, ó peor que ellos quizá... No, Ana; no te opongas á sus decisiones, y vivamos unidos y dichosos.
- ANA. (*Conmovida.*) Pero yo amo al Conde, Osip.
- OSIP. (*Tristemente.*) Lo sabía.
- ANA. Entonces, siendo tú bueno y leal, no querrás unirte á una mujer que no te ama.

- OSIP. ¿Por qué?
ANA. Porque un matrimonio sin amor es un acto que se realiza contra la voluntad de Dios.
OSIP. Hay sacrificios que Dios permite y recompensa... ¿Esperabas tú ser la esposa del conde Wladimiro? (*Ana no contesta.*) Vamos, responde.
ANA. Nunca soñé con esa dicha.
OSIP. Juzga, pues, de la mía cuando, sin atreverme tampoco á acariciar la esperanza de ser tu esposo, te recibo de manos de la Condesa. Si yo me negase á unirme á ti, ella te entregaría á otro siervo que acaso fuera menos honrado, menos leal y menos respetuoso que yo. ¿Qué es lo que harías en este caso? ¿Por qué entre dos males inevitables no eliges el menor?
ANA. ¿Qué quieres decir?
OSIP. Que te amo.
ANA. ¡Oh!
OSIP. Y que te respeto.

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS, LA CONDESA, MARIANA, IVAN. LOS CRIADOS; *después el P. ANDRÉS. Todos los servidores se agrupan para presenciar la ceremonia.*

- MARIA. (*Á Ivan.*) ¿Por qué no tratas de impelir ese matrimonio?
IVAN. (*Á Mariana.*) Imposible. Ya conoces su carácter.
COND. ¿Ivan? (*La Condesa sale luciendo joyas muy ricas. Al aparecer en la escena, los criados se inclinan con respeto.*)
IVAN. Señora.
COND. Avisa al P. Andrés.
IVAN. (*Entrando en el oratorio.*) ¡Padre Andrés!
P. AND. Estoy á las órdenes de su excelencia.
COND. Pues empecemos. (*El P. Andrés se sienta al lado de la mesa. La Condesa ocupa el sitio de preferencia. En último término Osip y los demás criados, que miran con curiosidad la ceremonia. Al sacerdote le acompaña un niño, de doce ó catorce años, que lleva el libro de registros.*)

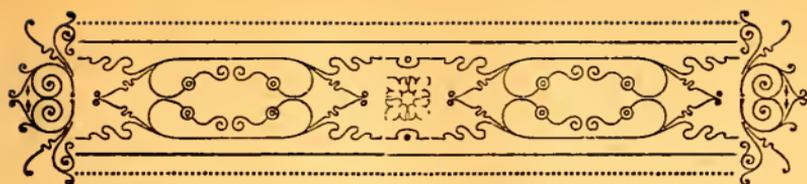
- P. AND. (*Á Osip.*) Acércate, hijo mío. (*Osip se aproxima.*)
- OSIP. ¡Padre!
- P. AND. ¿Cómo te llamas?
- OSIP. Osip Mikaelof.
- P. AND. ¿Tú edad?
- OSIP. Treinta y tres años.
- P. AND. ¿Soltero ó viudo?
- OSIP. Soltero.
- P. AND. (*Después de escribir unos instantes.*) Acércate tú también, Ana. (*Ésta se acerca; implora, en silencio, á la Condesa, que la rechaza con desdén. Entonces se dirige al Sacerdote.*)
- ANA. ¡Padre mío! (*Sollozando.*)
- P. AND. No tienes necesidad de contestar. Puedo inscribir tu nombre de memoria. (*Escribe.*)
- MARIA. Pobrecilla!
- P. AND. «El día 17 de Octubre de 1852, ha sido inscrito en el libro parroquial de San Nicolás, el matrimonio de Osip Mikaelof, siervo legal de su excelencia la señora Catalina Danicheff.»
- COND. (*Interrumpiendo la lectura.*) Siervo liberto, Padre Andrés. Toma, Osip. Aquí tienes el acta de liberación. (*Le da el documento. Osip, al recibirlo, se inclina y besa la mano á la Condesa.*)
- P. AND. «Y Ana Ivanovna, sierva de la citada señora.»
- COND. Sierva liberta, también. Lo que hago por uno debo hacerlo por el otro.
- P. AND. «Los dos contrayentes reúnen todas las condiciones que exigen las leyes civiles. En fe de lo cual, firmo la presente, autorizada por dos testigos.» (*El P. Andrés da la pluma á Ivan, que firma primero, después otro de la servidumbre, enseguida Osip, y, por último, Ana, que vacila de nuevo antes de firmar y se arroja sollozando en los brazos del Sacerdote. Este, dulcemente la ayuda á firmar. Terminada la ceremonia, el sacerdote se levanta y se dirige hacia el oratorio seguido de todos los criados. Cuando el sacerdote se dirige hacia la capilla, seguido de Osip y Ana, que irá sollozando, empieza á sonar el órgano dentro de la iglesia, y ya no se extinguirá el sonido del órgano hasta que entren en ella todos los servidores. La Condesa, después de decir las palabras con que termina el acto, se dirigirá también*

hacia la capilla. Conviene mucho que el cuadro final resulte tan solemne como lo situación reclama.) Vamos á pedir, hijos míos, la bendición del Todopoderoso.

COND. (*Viéndolos salir.*) ¡Ahora ya puede volver cuando guste el conde Wladimiro Danicheff!

TELON





ACTO SEGUNDO

La escena representa una estufa salón del jardín de invierno en el palacio de la princesa Lidia en Moscou. La decoración debe de estar colocada de tal modo que comuniquen las puertas de la estufa y la de la cámara. Muebles elegantes y dorados y plantas raras. Puertas á la derecha y á la izquierda y otra en el fondo que se supone conducir á las habitaciones interiores de la Princesa. En primer término una gran chimenea de mármol blanco. Del primero al segundo acto han pasado dos meses.

ESCENA PRIMERA

LA BARONESA DOZEN Y TALDÉ *sentados sobre un pouf.*
LINDER *cerca del piano.* La señora GERMAIN *prepara el thé en el fondo.* El DOCTOR KOUREFF *duerme en una butaca cerca de la chimenea.*

TALDÉ. Aquí para entre los dos, ¿queréis decirme, amiga Baronesa, qué clase de mujer es la princesa Lidia?

BARO. Pues la princesa Lidia es la hija única del príncipe Varanoff, como yo soy la baronesa de Dozen, esposa del barón de Dozen, y como vos sois el Sr. de Taldé, agregado á la embajada de Francia, *turista* por casualidad y curioso por añadidura. (*Sonriéndose.*)

TALDÉ. No es eso lo que yo pregunto, porque todo eso lo sé perfectamente. Lo que yo deseaba conocer eran ciertos pormenores...

BARO. ¿Pormenores de qué?

TALDÉ. De las condiciones morales de la Princesa.

BARO. ¿Queréis que me haga eco de ciertas hablillas?

Mi condición de amiga me lo impide y hasta me impone el deber de protestar contra ellas. Lidia es hermosa, joven y rica, tres cualidades que rara vez perdonan los envidiosos. No es, por consiguiente, extraño que las malas lenguas se ceban en ella y que critiquen sus relaciones con el Gobernador general quien, como sabéis, ha sido amigo y compañero de armas del padre de la Princesa.

TALDÉ. ¿De modo que el conde Wladimiro Danicheff, concurrente asíduo á estos salones, obraría cuerdamente casándose con ella?

BARO. ¿Y por qué no?

TALDÉ. Si vos tuvieseis un hijo, ¿consentiríais en casarlo con la Princesa?

BARO. No sé lo que haría en ese caso.

TALDÉ. ¡Oh!

BARO. Silencio. (*A Lidia que entra en este momento.*) Llegas á tiempo, porque empezábamos á aburrirnos... (*Lidia saluda.—Kouref se despierta y besa la mano de la Princesa, después vuelve á dormitar en la butaca. Linder saluda también inclinándose.*)

ESCENA II

LOS MISMOS, LIDIA, después el PRÍNCIPE VARANOF, á poco ZAKAROFF.

LIDIA. (*Sentándose después de contestar al saludo de Taldé.*) Perdóname si te he hecho esperar un rato; pero me entretuve en el palacio del Gobernador donde se prepara una fiesta magnífica. (*A la Baronesa.*)

TALDÉ. ¿Por dónde anda el Príncipe?

LIDIA. Está ahí, en la antesala, con ese bribón de Zakaroff. (*Llamando.*) Señora Germain.

GERM. ¡Señora!

LIDIA. Decid á Zakaroff que no se marche sin verme. (*Llamando.*) ¡Linder!

LIND. ¡Princesa!

LIDIA. Deseo que esta noche nos hagáis el favor de tocar vuestra última composición.

LIND. (*Saludando y dirigiéndose al piano.*) Con mucho gusto.

- PRINC. ¡Diantre de pierna! (*saluda*).
- BARO. ¿Cómo va esa salud?
- PRINC. (*La mira sin conocerla.*) Mal... muy mal... cada vez peor...
- LIDIA. Apuesto, papá, á que no has conocido todavía á la baronesa Dozen.
- PRINC. ¡Pues no la había de conocer! ¡Quién no conoce desde luego á la hermosa baronesa Dozen...! ¿Cómo está vuestro esposo, el barón Karl?
- BARO. Mal, porque se murió hace tres años... ¡Me ha confundido con mi cuñada!... (*Riéndose.*)
- PRINC. ¡Diantre! es verdad... ¡esta pícara memoria...! (*Durante este diálogo entra en escena Zakaroff, el cual se coloca en actitud respetuosa y humilde cerca de la puerta.*)
- LIDIA. Acércate, Zakaroff.
- ZAKAR. (*Acercándose.*) ¡Alteza!
- BARO. Buenos días, Zakaroff. ¿Cuántos millones has ganado desde que no nos hemos visto?
- ZAKAR. Los negocios van de mal en peor. El pueblo está depravado; ya no hay respeto á las autoridades... Cada cual hace lo que se le antoja.
- LIDIA. Y tú no haces más que quejarte.
- ZAKAR. No, me faltan motivos para ello, venerada princesa. La religión se hunde; el pueblo no entra ya en nuestros santos templos; las sociedades secretas lo invaden todo, y si nuestro padre el Zar no pone remedio, Dios sabe lo que sucederá en Rusia antes de muchos años... La administración es demasiado complaciente, demasiado débil.
- PRINC. (*En severidad cómica.*) ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¿Te atreves á censurar al Gobierno?
- ZAKAR. ¡Yo censurar al Gobierno! (*Inclinándose con mucha humildad.*) ¡Yo, un siervo humilde y miserable! ¡De ningún modo! Digo únicamente que el Zar es excesivamente bondadoso... (*Con mucha humildad.*)
- LIDIA. Puesto que viajáis con el propósito de instruíros y de conocer nuestras costumbres, escuchad... (*A Taldé.*)
- TALDÉ. No pierdo una palabra... ¿Quién es ese desgraciado?
- LIDIA. ¿Quién? Zakaroff. (*A éste.*) El señor, que es francés, desea saber quién eres. (*Zakaroff saluda humildemente.*) Pues Zakaroff, es un anti-

guo tabernero que tuvo la suerte de proponer al Gobierno, hace seis años, un impuesto sobre los alcoholes, merced al cual aumentaron las rentas del Estado en diez y siete millones de rublos.

TALDÉ. Es una cantidad fabulosa.

LIDIA. El inventor del impuesto ha ganado doble suma en ese tiempo.

TALDÉ. Pues constituye una excepción entre los inventores.

ZAKAR. No tanto... Se exagera mucho, princesa...

LIDIA. Antes de ser millonario fué siervo de mi madre. (*Dirigiéndose á Zakaroff.*) Vamos, ¿qué es lo que deseas?; porque cuando vienes á verme, es señal de que necesitas algo.

ZAKAR. Si no interpones tu influencia con el Gobernador general, estoy perdido. (*Vacilando y mirando á Taldé.*) Alteza, quisiera hablarte á solas.

LIDIA. Ya te he dicho que el señor es francés. Habla lo que quieras.

ZAKAR. He contratado la venta de los aguardientes en cinco distritos... Un negocio ruinosísimo, Princesa... Todo va mal... El fin del mundo se acerca... Ya no hay subordinación, ni creencias...

LIDIA. Sigue (*interrumpiéndole*).

ZAKAR. Pues, como iba diciendo; he tenido la mala idea de quedarme con esa contrata pocos días antes de que el Gobierno adoptase la resolución de limitar el número de los despachos de licores, á pretexto de que el pueblo se desmoraliza; y si no se revoca la orden, estoy arruinado, perdido.

LIDIA. ¿Y deseas que hable al Gobernador?

ZAKAR. En el acto, excelsa Princesa; y yo te prometo, en cambio, regalarte el mejor collar de perlas que hay en Moscou el día en que se celebre tu matrimonio con el ilustre conde Wladimiro, á quien Dios colme de beneficios.

LIDIA. ¿Tú sabes?... (*Levantándose y acercándose á él.*)

ZAKAR. Nosotros tenemos necesidad de saberlo todo. (*En voz más baja.*) También sé que la condesa Danicheff acaba de llegar y que descansa en tus habitaciones, esperando el momento oportuno para dar una sorpresa agradable á su hijo.

- LIDIA. ¿Quién te ha informado?
ZAKAR. Mi interés, Princesa... (*Á ella en voz más baja.*) Procura hablar al Gobernador general antes de que se haga pública la noticia de tu matrimonio con el señor conde Wladimiro, porque... (*Vacila, sin atreverse á continuar.*)
- LIDIA. ¿Por qué? (*En voz baja también.*)
ZAKAR. (*Con malicia.*) Porque ese día tendrá el Gobernador general un gran disgusto, una pena inmensa, idolatrada Princesa.
- LIDIA. (*Alto.*) ¿Puedes darme un cheque de 10.000 rublos contra el Banco? (*Después de mirarle de un modo despreciativo.*)
- ZAKAR. Ya lo creo; en el acto.
LIDIA. Trae...
ZAKAR. (*Saca una cartera abultada y entrega el cheque á la Princesa.*) Toma.
- LIDIA. ¡Baronesa! (*Llamando.*)
BARO. ¿Me llamas?
LIDIA. Sí; oye... ¿No has fundado hace pocos días un convento, en unión de otras varias señoras de Moscou?
- BARO. Sí.
LIDIA. Pues bien; Zakaroff, que se arrepiente de haber adulterado los alcoholes, con grave perjuicio de la salud pública, acaba de darme 10.000 rublos para esa santa casa. (*Á Zakaroff.*) Ya puedes retirarte, y te aconsejo que lo hagas antes de que llegue el conde Wladimiro Danicheff, al cual no tendría que decirle más que una sola palabra, para que tus herederos disfrutaran por anticipado de tus bienes. Anda, vete... (*Va hacia la chimenea.*)
- ZAKAR. ¡Mal día! Pero paciencia... Ya llegará mi vez (*Inclinándose profundamente.*) ¡Dios guarde á sus excelencias!
- BARO. Gracias, Zakaroff... (*Riéndose á carcajadas.*) El cielo te devolverá con creces esa suma... Encargaré á las religiosas que recen por tu alma.
- ZAKAR. (*Vuelve á saludar y se retira.*) ¡Princesa!... (*Lidia le despide con un gesto imperioso.*)

ESCENA III

LOS MISMOS, menos ZAKAROF; después WLADIMIRO, y luego la CONDESA.

- LIDIA. (*Aparte.*) Cuánto tardal (*Alto.*) ¡Señora Germain!
- GERM. ¡Señoral
- LIDIA. ¿La Condesa, está descansando?
- GERM. Sí, señora; pero me ha encargado que la avise tan pronto como llegue su hijo.
- LIDIA. (*En voz baja.*) Está bien. Tomaremos el thé en la estufa. (*La señora Germain se retira, y un momento después entra un criado, que se lleva el servicio del thé. Alto.*) Supongo, señor Taldé, que asistiréis á la fiesta..
- TALDÉ. Yo lo creo. Es para lo único que servimos los diplomáticos. Para bailes y saraos.
- LIDIA. Eso no es muy halagüeño para la diplomacia. Pero yo sé que los diplomáticos valen para mucho más que para lucir sus uniformes en los salones, pues he oído contar una peligrosa aventura de caza en que os mostrasteis verdaderamente heroico.
- BARO. ¿Una aventura? ¿Queréis referírnosla, señor Taldé?
- TALDÉ. Con mucho gusto, aunque tenga que ofender la extremada modestia del conde Wladimiro Danicheff, porque debo declarar que en ese lance no fui yo, sino mi amigo, quien se mostró verdaderamente heroico. (*Se sienta.*) Hace pocos días, me convidaron, como es costumbre en este delicioso país, á cazar un oso blanco, pasatiempo un tanto peligroso y difícil para los que, como yo, no han cazado nunca más que la perdiz ó la liebre. Acepté, sin embargo, la partida, impulsado un poco por la curiosidad y otro poco por el orgullo, y, sin duda, para castigar este último pecado, el cielo dispuso que á las primeras de cambio me encontrara cara á cara con un oso terrible que dejaba sobre la nieve un reguero de sangre producida por dos heridas que le habían causado los proyectiles de mis compañeros de ex-

pedición. Cuando la fiera estaba á unos cuarenta pasos, disparé sobre ella un nuevo tiro, y ya fuese porque el oso no quisiera ser hostilizado por los extranjeros ó porque éste último disparo le hubiese molestado más que los anteriores, el hecho es que se detuvo bruscamente y se lanzó hacia mí, en línea recta.

BARO. Y ¿qué hicisteis?

TALDÉ.

Lo que hubieran hecho todos los diplomáticos del mundo en caso parecido; echar á correr (*las señoras se rien*); pero con tan mala suerte, que á los pocos pasos puse el pié sobre un agujero cubierto de nieve y caí de bruces de modo bastante prosaico por cierto. Entonces traté de sacar mi cuchillo de monte para defenderme; pero antes de que pudiera conseguirlo, el oso se arrojó iracundo sobre mí y cuando ya iba á realizar su propósito, que debía consistir indudablemente en devorar un secretario de embajada, oigo á mi espalda dos detonaciones y siento sobre mi cuerpo el enorme peso de la fiera que se agitaba en las últimas convulsiones de la agonía. El autor de esta hazaña no era otro que el conde Wladimiro Danicheff, para quien reclamo toda la gloria de la jornada.

WLADI.

(*Que ha oído las últimas palabras*) Lo que yo hice lo hubiera hecho otro cualquiera en mi caso (*se estrechan la mano*). ¡Princesa! (*á Lidia. Al ver entrar á Wladimiro, Linder y Koureff se levantan y se inclinan; ambos vuelven á sentarse*).

LIDIA.

Supongo que á pesar de la desagradable aventura que acabáis de contarnos, no llevaréis mala impresión de nuestro país.

TALDÉ.

Cuando regrese á Francia y mis compatriotas me pregunten mi opinión sobre Rusia, no podré menos de decir que los hombres son valientes y las mujeres hermosas.

LIDIA.

Los franceses salen siempre del paso con una galantería. Yo quisiera que nos dijeseis con entera franqueza lo que pensáis de nosotros y de nuestras costumbres.

TALDÉ

(*Levantándose.*) Pnes dejando á un lado toda adulación, diré que ningún francés puede comprender el verdadero carácter de este país sin

haber vivido en él. La escena de Zakaroff que acabo de presenciar, contada entre mis compatriotas, pasaría por una verdadera leyenda. El imperio ruso es una extraña mezcla de las costumbres más remotas y de las ideas más modernas, de la superstición más primitiva y de la civilización más refinada. Cuando voy á paseo veo gomosos vestidos á la última moda de París, que se codean con vuestros infelices *mujiks* envueltos en pieles de carnero sin curtir, que me recuerdan al oso de marras. Tenéis un río sobre el cual se pasea á caballo, comercios con rótulos escritos en francés, iglesias á millares, teatro de ópera nacional con repertorio italiano, teatro de la comedia con repertorio francés; en suma, una sociedad casi feudal; todo el mundo noble ó esclavo, excelencia ó nada...

PRINC. Estáis haciendo nuestro elogio, Sr. de Taldé. Esos contrastes constituyen el sello de nuestra originalidad.

TALDÉ Soy exactamente de la misma opinión.

BARO. Pero todavía no conocemos la opinión del Sr. de Taldé sobre las mujeres rusas.

LIDIA. Es verdad.

TALDÉ. Ya la he dicho.

LIDIA. Esa fué una galantería.

TALDÉ. Pardiez, señoras mías, la mujer rusa no ofrece ninguna particularidad digna de estudio; es como todas.

LIDIA. Apuesto á que teniéis también una teoría original sobre nosotras.

TALDÉ. Teoría, precisamente, no. Opiniones particulares, sí; todo el mundo tiene las suyas.

LIDIA. Oigámoslas.

TALDÉ. Yo divido la mujer en dos categorías; ó sea, la mujer elegante y la humilde; es decir, la de todos los días, la que llamamos la mitad del género humano. La primera, suele hacer de nosotros grandes hombres ó criminales célebres; la segunda, la necesitamos para la prosa de la vida, para cuidar á nuestros hijos ó para recoser los botones de la camisa. Aquélla, cuando ama á un rey, se llama Cleopatra; cuando escribe, Mad. Sevigné, y cuando canta, la Malibran; ésta segunda no tiene nombre co-

nocido; se llama nuestra amiga, nuestra criada ó nuestra cocinera. El hombre que siempre sueña con el ideal, vé en cada mujer que ama una heroína hasta que llega el día del matrimonio, y entonces la heroína desciende, con nuestro consentimiento, por supuesto, hasta perderse en el número de las mujeres sin nombre, para ser ni más ni menos que la señora *equis*.

PRINC. ¡No se puede negar que las conocel

BARO. De vista, como todos los hombres.

LIDIA. Y nosotras, las mujeres rusas ¿en cuál de las dos categorías estamos colocadas?

TALDÉ. ¿En cuál?

LIDIA. Sí, veamos.

TALDÉ. Si pudiera añadir una leyenda más á las muchas que llevo oídas desde que estoy en Rusia, diría que Dios, después de formar á la primera mujer, pensó un momento y dijo: «Es preciso crear otra que sea mejor y peor á un mismo tiempo.» Entonces hizo la mujer rusa.

BARO. ¿Y qué significa eso?

TARDÉ. Pues significa que, según mi opinión, considero á las mujeres rusas capaces de todas las exageraciones, lo mismo para el mal que para el bien, para el amor que para el odio.

LIDIA. ¡Quizá! (*en este momento Linder vuelve de nuevo á tocar el piano.*)

ESCENA IV

LOS MISMOS. LA CONDESA, *que ha oído las últimas palabras.*
Después WLADIMIRO

COND. Y de las madres que hacen un viaje de seiscientas leguas en trineo para abrazar á sus hijos ¿qué se dice?

WLADI. ¡Madre mía! (*La abraza.*)

TALDÉ. Ese abrazo lo dice todo.

WLADI. ¿Qué sucede?

COND. Tranquilízate.

WLADI. Pero ¿á qué obedece este viaje imprevisto?

COND. Es una intriga que hemos fraguado entre la Princesa y yo.

WLADI. ¿Una intriga?

- COND. Sí, ya te explicaré; pero antes déjame saludar á mi antiguo amigo Boris... (*dirigiéndose al Príncipe*) Buenas noches, Boris...
- PRINC. (*Saludando distraído, y como el que trata de recordar*) ¡Señoral...
- LIDIA. ¿No te acuerdas ya de la Condesa Danicheff?
- PRINC. ¿Si recuerdo á la condesa Danicheff? Pues ya lo creo que la recuerdo.
- COND. ¿Estoy muy cambiada?
- PRINC. (*Acercándose más.*) Ni poco ni mucho, querida-Sofía... ¿Cómo va esa salud?
- COND. Pues ni bien ni mal, porque mi hermana Sofía se murió hace ya la friolera de loce años!... (*Riéndose.*)
- PRINC. Perdonad... ¡Oh! esta pícara memoria. Sin duda tengo el honor de hablar con mi antigua amiga, la hermosa Catalina.
- COND. La misma.
- PRINC. ¿Vienes á pasar con nosotros una temporada?
- COND. Unos días nada más (*habla en voz baja*).
- TALDÉ. (*A la Princesa.*) ¿Queréis dispensarme la honra de presentarme á la madre de mi salvador?
- LIDIA. ¿Condesa? (*ésta se separa de Boris y se acerca*). El vizconde Roger de Taldé, agregado á la embajada de Francia.
- TALDÉ. (*Saludando.*) ¡Señoral!
- WLADI. Uno de mis mejores amigos.
- COND. ¡Caballero! Los amigos de mi hijo son también míos. Además, ya tenía el honor de conocerle de oídas (*habla con Taldé*).
- LIDIA. (*A Wladimiro.*) Supongo que me perdonaréis mi participación en este complot.
- WLADI. ¡Princesa!
- LIDIA. Pero creo que para un hijo no hay nada tan agradable como ver á su madre.
- WLADI. No olvidaré que os debo esta dicha.
- LIDIA. Ya hablaremos de eso; por ahora no quiero privaros del placer de conversar con la Condesa.
- WLADI. ¿Ocurre algo desagradable?
- COND. No; nada.
- WLADI. Cuando te vi entrar, temí que me dieras una mala noticia.
- COND. De ningún modo. Las malas noticias llegan solas y demasiado de prisa.
- WLADI. Pero, ¿no estás fatigada del viaje?

- COND. Ni poco ni mucho; y la prueba es que ahora mismo voy á jugar un rato con el Príncipe.
- PRINC. (*Acercándose.*) Vamos. (*Le da el brazo y se dirigen hacia la mesa de juego acompañados de Wladimiro.*)
- TALDÉ. (*A Lidia, señalando á Linder, que durante esta escena ha tocado el piano dos ó tres veces.*) Ese caballero es incansable.
- LIDIA. ¿Os molesta?
- TALDÉ. Todo lo contrario.
- LIDIA. Es un músico alemán que forma parte de mi servidumbre.
- TALDÉ. ¡Ah! ¿Y ese otro caballero anciano que duerme como un lirón? (*Señalando á Kouref, que después de saludar á la Condesa, ha vuelto á dormir en la butaca.*)
- LIDIA. Es mi médico. En un país como el nuestro, es necesario tener el médico dentro de casa.
- TALDÉ. Pero ¿estáis enferma?
- LIDIA. Nunca; por eso duerme.
- TALDÉ. Ya.
- LIDIA. ¿Queréis que lo despierte?
- TALDÉ. (*Con gravedad cómica.*) De ningún modo. Siempre es peligroso despertar al médico.
- LIDIA. ¿Con vuestro permiso? (*Hace ademán de retirarse.*)
- TALDÉ. ¡Princesa! (*Aparte.*) Voy á intentar el golpe decisivo... (*Alto.*) ¿Podéis escucharme dos palabras en serio?
- LIDIA. Con mucho gusto.
- TALDÉ. Tengo que daros una noticia. (*La Princesa y Taldé se alejan de los demás personajes.*)
- LIDIA. ¿Cuál?
- TALDÉ. Sé que estáis enamorada.
- LIDIA. ¿De veras?
- TALDÉ. Y tanto; pero... (*vacilando*).
- LIDIA. Continúa.
- TALDÉ. Pero no sois correspondida.
- LIDIA. (*Escuchando con interés.*) No os comprendo.
- TALDÉ. Y como también sé que las mujeres rusas son constantes en sus afectos, creo que hacéis mal en alimentar esta pasión.
- LIDIA. ¿Por qué?
- TALDÉ. Porque un amor eterno constituye una pena eterna.
- LIDIA. Sigo sin comprender.

- TALDÉ. Pues hablaré más claro. Wladimiro ama á otra mujer.
- LIDIA. (*Con mayor interés.*) ¿Cómo se llama?
- TALDÉ. Es un secreto.
- LIDIA. ¿Un secreto?
- TALDÉ. Que me ha confiado Wladimiro.
- LIDIA. Pues ha hecho mal, porque no habéis sabido guardarlo.
- TALDÉ. Tengo una disculpa, y es que, al romper este secreto, creo haberos prestado un gran servicio.
- LIDIA. Pues entonces no debíais habérmelo dicho á medias.
- TALDÉ. Es que hay una parte que me corresponde; y un secretario de embajada debe conocer los secretos de los demás, pero no debe decir á nadie los suyos, á menos de...
- LIDIA. ¿De qué?
- TALDÉ. De obtener alguna recompensa.
- LIDIA. Estoy dispuesta á concederla.
- TALDÉ. ¿Cuál?
- LIDIA. Mi amistad.
- TALDÉ. ¿Nada más?
- LIDIA. (*Levantándose y mirándole fijamente.*) ¿Qué queréis decir?
- TALDÉ. ¡Princesa!
- LIDIA. ¿Habéis olvidado, caballero que estábais hablando con una señorita? Amo á Wladimiro, en efecto, y seré su esposa ó no seré de nadie. ¿Es bastante claro lo que acabo de decir? (*Saluda y se aleja.*)
- TALDÉ. (*Aparte.*) Por aquí ha resultado estéril toda mi diplomacia... Ahora veremos si soy más afortunado (*á Wladimiro*). Querido Conde, me habéis salvado la vida y voy á devolveros este servicio poniendo de nuevo á prueba todo vuestro valor.
- WLADI. ¿De qué se trata?
- TALDÉ. De saber si tenéis la suficiente presencia de ánimo para sufrir un gran dolor moral.
- WLADI. ¿Un gran dolor?
- TALDÉ. ¿Amáis á la princesa Lidia?
- WLADI. No.
- TALDÉ. Lo suponía, y es una verdadera desgracia, porque de ese modo el golpe hubiera sido menos rudo.
- WLADI. Pero ¿qué sucede?

- TALDÉ. Tenéis un fiel criado en Nikifor, pero este hombre leal es un siervo que teme demasiado á la Condesa para confiaros un secreto.
- WLADI. Hablad pronto, Taldé.
- TALDÉ. Este secreto le conozco yo, porque Nikifor me ha contado minuciosamente la historia de vuestros amores con la señorita Ana, así como el convenio que habéis hecho con vuestra madre, el día en que le pedisteis la mano de vuestra prometida.
- WLADI. Convenio que yo he cumplido religiosamente.
- TALDÉ. Pero no la Condesa.
- WLADI. (*Pálido y agitado.*) ¿Qué queréis decir?
- TALDÉ. Que vuestra madre ha faltado á lo convenido.
- WLADI. Imposible.
- TALDÉ. Cierto.
- WLADI. (*Lanza un grito ahogado para que no se enteren las personas que hay en la escena.*) ¡Ana!
- TALDÉ. Ana se casó por orden de la Condesa el mismo día de vuestro viaje.
- WLADI. (*Atónito.*) ¿Casada?
- TALDÉ. Con Osip, el cochero.
- WLADI. ¡Mi madre no ha hecho eso!
- TALDÉ. Preguntádselo.
- WLADI. (*Procurando disimular su sobresalto*) ¡Madre!
- COND. ¿Qué hay?
- WLADI. Deseo hablarte.
- COND. Dí...
- WLADI. A solas.
- COND. (*Se levanta y dice al Príncipe en voz baja*) Va á hablarme de la Princesa (*acercándose á su hijo*). ¿Qué quieres?
- WLADI. No me has dicho una palabra de Ana.
- COND. ¿Piensas en ella todavía?
- WLADI. Más que nunca.
- COND. Yo creía que amabas á la Princesa.
- WLADI. No la amo.
- COND. ¿Has dado crédito á las calumnias?
- WLADI. Que sean calumnias ó verdades, me importa poco, por más que no deja de sorprenderme que mi madre quiera unir su nombre al de una mujer en quien se ceba la murmuración de las gentes.
- COND. Tu porvenir...
- WLADI. No se trata ahora de eso. ¿Es cierto que Ana se ha casado después de mi partida?

- COND. Sí...
- WLADI. ¿Por orden tuya?
- COND. Por orden mía.
- WLADI. ¿Con el cochero Osip?
- COND. He tratado de poner entre ambos un barrera insuperable.
- WLADI. Faltando á un compromiso sagrado.
- COND. Una madre no adquiere nunca compromiso alguno con su hijo, cuando éste trata de desobedecerla.
- WLADI. Pues has hecho lo que en todo país del mundo se califica con el nombre de infamia.
- COND. ¡Wladimiro! (*en este momento los circunstancias empiezan á comprender lo que sucede.*)
- WLADI. Y la prueba de que tú misma juzgabas infame y desleal tal acción, es que la realizaste en secreto.
- COND. ¡Hijo mío!
- WLADI. Condesa Danicheff, al sacrificar mi amor, habéis sacrificado también el cariño de vuestro hijo. Adiós.
- COND. Pero ¿dónde vas?
- WLADI. Eso es cuenta mía.
- COND. (*Llamando á Lidia.*) ¡Princesa! Detened á mi hijo.
- LIDIA. (*A Wladimiro, que tiene ya el sombrero en la mano.*) ¿Os marcháis?
- WLADI. Sí.
- LIDIA. ¿Hasta cuándo?
- WLADI. Quizá para siempre. Soy muy franco, Princesa, para haceros creer por más tiempo que ambicionaba otro honor que el de conseguir vuestra amistad (*inclinándose profundamente y marchándose*).
- LIDIA. ¿Eh? (*Procurando ocultar su turbación.*) Adiós, Conde...
- COND. Espera (*á Wladimiro*).
- TALDÉ. No hagáis una locura (*al mismo*).
- LIDIA. (*Aparte.*) Le amaba con toda mi alma. ¡Oh! yo me vengaré.
- PRINC. (*Acercándose*) ¿Qué sucede?
- LIDIA. Nada (*llamando*). ¡Linder!
- LINDER. ¡Princesa!
- LIDIA. ¿Queréis tocar alguna composición nueva?
- LINDER. ¿La última sinfonía de Chopin?
- LIDIA. No; era un polaco. Otra cosa.

TELON



ACTO TERCERO

La escena representa el interior de un *izba* ruso: paredes de vigas talladas: muebles de madera blanca sillas sin tela. baucos idem, exceptuando una *chaise longue* festoneada de borra de seda. El rincón izquierdo de la escena está ocupado por un armario con cristales conteniendo imágenes, huevos de Pascua, ramos benditos, exvotos, etc. Toallas rusas con flecos encarnados y azules suspendidas á ambos lados del armario. Una gran estufa de azulejos ocupa el lado opuesto junto á las ventanetas: á la izquierda un rico piano real: al lado una *elagère* con papeles de música. Las ventanetas son pequeñas — Dos puertas: una en el fondo y otra cerca de la estufa. — El acto pasa quince días después del segundo en Morozowstchi tierra que habitan Osip y Ana. Al levantarse el telón. Ana acaba de tocar una pieza rusa. Osip delante del piano, la tararea ó la canta. Ana lleva traje de lana, cortado como el de las señoras. Osip traje de paisano acomodado, botas altas y levita larga de paño negro. Al través de la puerta de cristales del fondo, debe verse el paisaje nevado; donde el escenario lo permita conviene que se vea el coche ó el trineo donde se supone que viene la Condesa.

ESCENA PRIMERA

ANA, OSIP.

ANA. (*Acabando de tocar y levantándose*). ¿No te parece que ya basta?

OSIP. (*Levantándose también alegremente*). Toca entonces tu música, ya que la nuestra te fastidia....

ANA. No es eso, querido Osip: demasiado sabes que me gusta oírte cantar.

OSIP. Mas que oírme hablar ¿no es cierto?

ANA. Qué cosas tienes! También me gusta oírte hablar. Cierto que ignoras lo que tu incompleta educación no te ha enseñado. Pero en cambio,

eres un excelente discípulo, y si continúas progresando habrá que buscarte otro profesor, porque pronto sabrás tanto como yo.

OSIP.

(*Con ternura*) ¡Eso nunca!

ANA.

¿Y por qué pareciéndote tan buen profesor, no quieres recompensarme llevándome á Moscou? ¡Tengo tan vivos deseos de ver nuestra santa ciudad!

OSIP.

Y la verás... á su debido tiempo. Te doy mi palabra.

ANA.

Siempre me dices lo mismo. Y sin embargo, el viaje se hace en pocas horas.

OSIP.

La yeguada me tiene muy ocupado ahora, y no puedo ausentarme todavía.

ANA.

Por unos pocos días nada más, mi querido Osip. Ya sabes que he hecho voto de ir á arrodillarme ante Nuestra Señora de Iverskaïa, la santa patrona de Moscou.

OSIP.

Si me lo suplicas de ese modo... soy capaz de disponer el viaje ahora mismo... Pero, créeme, no es posible; hoy menos que antes. Va en ello la paz de nuestro hogar.

ANA.

Reconozco que eres sincero como siempre, y no dudo de que tendrás razones; ¿puedo saberlas?

OSIP.

Nada debo ocultar al ángel guardián de mi casa. Espero noticias importantes; si son favorables, no habrá dificultad ninguna; iremos á Moscou. Ten un poco de paciencia.

ANA.

La tendré... (*Curiosa*.) ¿Y de quién esperas esas noticias importantes?

OSIP.

De un amigo, que me ha prometido venir á verme. Quizá llegue esta misma tarde. Pero, francamente: ¿tanto te aburres en Morozowstchi, que quieres recorrer el mundo?

ANA.

¡Oh! Haces mal en hablarme así; ¿dónde encontrar vida más dulce, hogar más tranquilo que el nuestro? Y, mira; aún no te he dado las gracias por este precioso ramo. (*Enseñando un ramo de flores de otoño y presentando á Osip la frente, que él besa con amor.*)

OSIP.

Nunca te he visto tan cariñosa, prenda mía. Si tú estás contenta, yo soy feliz.

ANA.

(*Admirando el ramo.*) Son hermosas estas flores... ¡Las flores! Lo más bello que Dios ha criado en el mundo.

- OSIP. (*Sencillamente.*) Después de ti; porque, tomando á cada una de esas flores su principal encanto, aún no se podría formar un conjunto tan bello como tú... Esas flores no tienen más que el esplendor de la superficie; tú tienes un alma que ilumina tu belleza... y yo daría la mitad de mi vida porque tus ojos me mirasen un instante solo como miran á esas flores. (*Se acerca á Ana.*)
- ANA. (*Conmovida.*) Nunca hubiera creído que pudieras expresarte tan bien, y aunque no merezco esas dulces palabras, confieso que me conmueven.
- OSIP. (*Emocionado.*) ¡De veras! (*Cogiéndola una mano.*)
- ANA. (*Desasiéndose.*) ¿Por qué no tomas el the? Me parece que ya es hora... Anda; di que nos le sirvan.
- OSIP. (*Tristemente.*) Al punto. (*Osip se va. Ana se pone al piano y toca algunos acordes brillantes de una mazurka de Chopin. Osip sale seguido de una sirvienta con traje ruso, trayendo el thé. Escucha el fin de la pieza mirándola.*) ¡Ana! ¡Y decir que te veo á mi lado á ti, delante de quien hace pocos meses apenas me atrevía á levantar los ojos! Cierto que esta es la verdadera felicidad... ¡Oh! sí, vivir lejos del mundo, estar siempre juntos, admirarte, cuidarte, mimarte, servir á Dios, olvidar á los malos, esperar dulcemente la vejez, recibir la muerte sin miedo y sin jactancia, con la conciencia tranquila... Este es el hermoso sueño que me sonríe cada vez que contemplo tu dulce imagen. ¿No es verdad, Ana, que el mismo Zar envidiaría nuestra suerte...? Habla... ¿No piensas como yo?
- ANA. (*Melancólica.*) ¡Sí! ¿Me has oído quejarme alguna vez? (*sirviéndole un vaso de thé.*) Toma.

ESCENA II

DICHOS, NIKIFOR

- NIKIF.. (*En el umbral de la puerta.*) ¡Salud!... Dios os guarde.
- OSIP. ¡Ah! Eres tú.

- ANA (Alegre.) ¡Nikifor! ¡Tú aquí! ¿No habías ido con tu amo? ¿Le ha sucedido algo á él ó á la Condesa?
- NIKIF. No; todos están bien. Yo vengo aquí para asuntos personales. (*Bajo á Osip.*) Tengo que hablarte.
- OSIP. (*A Ana.*) Sirve un vaso de thé á Nikifor, Ana mía, y déjanos. (*Mientras Ana va hacia la mesa.*) ¿Qué sucede? ¿Algo grave?
- NIKIF. Muy grave. (*Ana sirve el vaso de the y lo pone en la mesa cerca de Nikifor.*)
- OSIP. (*A Ana.*) Anda, hija mía; hasta luego (*se va*).

ESCENA III

OSIP, NIKIFOR

- OSIP. Vamos, habla.
- NIKIF. En tu última carta me decías que averiguase la verdad, por cualquier medio, respecto de los sentimientos del Conde hacia Ana. ¿Lo recuerdas?
- OSIP. Sí.
- NIKIF. Bueno. ¿Y tú, que sabes de los sentimientos de Ana hacia el Conde?
- OSIP. No hablamos nunca de él... ni nos atrevemos á nombrarle; ella por delicadeza; yo por temor.
- NIKIF. Esto sería, sin embargo, lo más interesante para tí; porque si ella no le quiere, ¿qué importa que él la quiera todavía?
- OSIP. ¿Luego tú crees que él...?
- NIKIF. ¡Oh! Estoy seguro.
- OSIP. ¿Y su intimidad con la princesa Varanoff de que me hablabas en tus cartas...?
- NIKIF. Galanterías sin consecuencias. El no la quiere.
- OSIP. En fin, ¿qué ha sucedido?
- NIKIF. Como me habías autorizado para emplear todos los medios, y yo comprendía tus angustias, me decidí á contar tu matrimonio á un francés que estaba allí, rogándole que se lo dijera al Conde, pero ocultándole el origen de la noticia. Al saberla, el Conde experimentó una sacudida terrible y tuvo un vivo altercado con su madre. Ignoro lo que se dijeron, pero sé que el Conde entró en casa muy agitado, que

pidió su licencia absoluta, y que enseguida nos pusimos en camino.

OSIP. ¿Con su madre?

NIKIF. No; solos, y yo he venido para avisarte, porque no dudo de que el Conde y acaso la Condesa van á venir aquí muy pronto.

OSIP. ¿Para qué?

NIKIF. ¿Qué sé yo? Pero á todo evento bueno es que estés preparado y sepas á qué atenerte.

OSIP. Gracias.

NIKIF. ¿Qué piensas hacer?

OSIP. Esperar.

NIKIF. ¿Por qué no te vas con Ana? Sería lo más seguro... Fuera de que es tu mujer...

OSIP. ¿Conoces, Nikifor, un punto de la tierra adonde la mujer que ama no lleve también su amor consigo? Si Ana quiere al Conde, le dejará su alma y yo no llevaré más que su cuerpo. Ella padecería y yo también. De mí poco me importa: estoy acostumbrado al dolor desde mi infancia; pero ella que ha conocido la dicha, que no ha hecho daño á nadie... ¿Por qué se lo he de hacer yo?

ESCENA IV

DICHOS, ANA, *entrando muy agitada.*

ANA. ¡Nikifor! ¡Nikifor! Tú acompañabas á la Condesa...

NIKIF. (*Sorprendido.*) ¡Cómo! ¿La Condesa?

OSIP. ¿Qué dices?

ANA. La Condesa está aquí... Acabo de verla desde mi ventana.

OSIP. (*A Nikifor.*) Ya ves... Acechaba.

ANA. (*A ídem.*) ¡Ella aquí, poco después de tu llegada.! Algo ocurre.

NIKIF. (*Con espanto.*) Si me ve, soy perdido... Me largo... Hasta luego...

OSIP. Acompaña á Ana á su cuarto. (*A Ana.*) Es inútil que la veas después de lo sucedido entre vosotras... Ve, hija mía. (*Ana se va con Nikifor.*)

ESCENA V.

OSIP y la CONDESA; luego ANA y WLADIMIRO.

- OSIP. (*Yendo á recibir á la Condesa, que entra precipitadamente.*) Feliz yo, que recibo á su excelencia en mi modesta casa. ¿Ha tenido buen viaje? (*inclinándose humildemente*)
- COND. Déjate de cortesías. No se trata ahora de eso. ¿No ha muerto Ana en mi ausencia?
- OSIP. No.
- COND. Mejor... (*Para sí.*) O peor, porque así nos ahorramos muchas dificultades. (*Alto.*) ¿Y tú, como estás?
- OSIP. Bien, excelencia.
- COND. Pero-bien ¿de veras?
- OSIP. Como siempre.
- COND. De modo ¿que puedes viajar?
- OSIP. Sin inconveniente alguno.
- COND. Entonces, vas á marcharte enseguida.
- OSIP. ¿Tendré la suerte de poder ser útil á su excelencia en alguna de sus tierras lejanas?
- COND. Justamente.
- OSIP. ¿Y cuándo he de ponerme en camino?
- COND. Cuanto antes.
- OSIP. ¿Mañana?
- COND. Hoy.
- OSIP. Voy á avisar á Ana.
- COND. ¿Para qué?
- OSIP. Para que disponga también su viaje.
- COND. No tienes necesidad de llevarla.
- OSIP. No quiero dejarla sola aquí.
- COND. Un viaje de pocos días..
- OSIP. Aunque fuese sólo de veinticuatro horas.
- COND. Es que yo no quiero que ella vaya. ¿Lo entiendes? (*Con imperio.*)
- OSIP. Entonces, me quedará yo también.
- COND. ¿Y mis órdenes?
- OSIP. Puede dárselas su excelencia á otro.
- COND. ¿Olvidas que estás á mi servicio?
- OSIP. No; recuerdo que soy libre.
- COND. Y además ingrato.
- OSIP. Y agradecido, señora. Debo á su excelencia la libertad conque yo soñaba, y una mujer que

ni aun en sueños esperaba conseguir. Si su excelencia me ha dado estos dos bienes, es para que los aprecie, y, sobre todo, para que los guarde y para que los defienda. (*Con energía.*)

COND.

¿Tú sabes para qué te los di?

OSIP.

El saberlo me dispensaría de todo reconocimiento, si yo no tuviese un alma honrada. Sé que me disteis á Ana, no para que fuese mía, sino para evitar que fuese de otro. Hoy queréis arrebatármela con astucia, después de habérmela dado por fuerza. Desgraciadamente para vos, señora Condesa, hoy ni Ana ni yo somos vuestros siervos. Protejeré, pues, á mi mujer aun contra vos misma, que la habéis hecho bastante daño con vuestro odio, para que yo tema que podáis hacérselo mayor aún con vuestra amistad. Sí; la defenderé con toda mi alma.

COND.

Pero ¿tú no sabes lo que ocurre?

OSIP.

Lo sospecho. Vuestro hijo ignoraba el matrimonio de Ana y, al saberlo, se ha desesperado... y tal vez se ha enfurecido contra vos, porque la ama todavía.

COND.

Lo has adivinado. Eso es, cabalmente.

OSIP.

(*Con calma, y detrás de la Condesa.*) Y como vos tenéis miedo de perder á vuestro hijo, queréis darle la mujer que ama porque él lo exige. Y en el gran mundo en que vivís, cuando se quiere algo hay que obtenerlo, cueste lo que cueste. ¿Ana está casada? Mejor; no será la mujer, pero sí la manceba del Conde, y, al fin, cuando una manceba cansa, se la despide. ¿Y el marido? ¡Bah! Un antiguo siervo... obstáculo insignificante. Se le manda hacer un viaje; se le da una comisión cualquiera... y entre tanto... ¡Ah! no, señora Condesa... ¡Eso no sucederá! (*Con energía.*)

COND.

Pero ¿tú no sabes, desgraciado, que en la exaltación de Wladimiro es muy capaz de mataros á entrambos?

OSIP.

Eso es cuenta mía.

COND.

(*Bajando la voz.*) ¿Estás seguro de que Ana te quiere?

OSIP.

¿Quién lo está del amor de una mujer?

COND.

¿Y si ama aún á Wladimiro?

OSIP.

Es posible.

- COND. ¿Y si quiere huir con él?
OSIP. Ahora lo veremos. (*Abre la puerta y llama.*)
¡Ana!
COND. ¿Qué haces?
OSIP. Vais á verlo. ¡Ana! (*Sale Ana y saluda á la Condesa.*)
ANA. ¡Señora Condesa!
OSIP. Ana Ivanowna, la señora Condesa pregunta si quieres ser la manceba de su hijo.
ANA. (*Arrojándose en brazos de Osip.*) ¡Oh! qué infamia!
COND. ¡Miserable!
OSIP. ¿Tienes confianza en mí?
ANA. Sí.
COND. Dí que le amas y es más breve.
ANA. Le amo como merece ser amado, como al más noble y más compasivo de los hombres. Le admiro porque es mil veces más generoso que yo, y mientras llevesu nombre, juro que he de conservarlo sin mancha.
WLADI. (*Dentro.*) ¡Ana! (*Apareciendo en la puerta del fondo.*) ¡Ana!
ANA. (*Da un grito y quiere lanzarse hacia él, pero se detiene y se refugia en los brazos de Osip.*) ¡Ah! (*Wladimiro baja amenazador con un látigo de caza en la mano.*)
COND. (*Viendo el gesto amenazador de Wladimiro.*) ¡Hijo mío!
WLADI. Ten la bondad de retirarte, madre mía. Necesito hablar con este hombre á solas.
COND. Pero...
WLADI. (*Deja el látigo sobre la mesa y la acompaña hasta la habitación izquierda.*) No temas.
OSIP. (*A Ana que le interroga con la mirada.*) Vete, hija mía, y vete lejos de aquí. No conviene que oigas lo que vamos á hablar. (*La acompaña á la derecha.*)
ANA. Te lo prometo. (*Sale por una puerta, mientras Wladimiro acompaña á la Condesa por la otra. Pausa.*)

ESCENA VI

WLADIMIRO, OSIP

- WLADI. (*Dirigiéndose hacia Osip con creciente cólera.*) Tu madre iba á ser azotada: tu padre iba á morir

bajo el látigo que le desgarraba las carnes; yo me arrojé á los pies de mi padre, tu amo, y obtuve su perdón. Después de salvarles á ellos la vida, me uní á ti como á un hijo de mi raza. Fuiste mi compañero y mi amigo. Compartiste mis juegos, y casi mis estudios, y cuando últimamente me marché á la capital, me suplicaste que impidiese tu matrimonio con una mujer á quien no amabas; intercedí con mi madre, y se te concedió este nuevo favor; y tú en reconocimiento de tantos beneficios, no has hallado otro modo de pagármelos que aceptar la complicidad en una combinación vergonzosa y vil, y robarme la mujer que yo amaba. Osip, eres un miserable, y voy á cruzarte el rostro con mi látigo. (*Lo coge de la mesa y lo levanta para herir.*)

OSIP. (*Con tranquilidad.*) Herid, Conde; pero toda vuestra vida no será bastante para llorar una acción tan injusta.

WLADI. ¿Por qué?

OSIP. Porque no soy culpable.

WLADI. ¿Te atreves á decirlo?

OSIP. ¿Qué debí hacer?

WLADI. Renunciar esa esposa.

OSIP. No podía.

WLADI. ¿Porque la amabas?

OSIP. Por eso... (*Gesto amenazador de Wladimiro.*) Y porque se la hubieran entregado á otro que no os debería, como yo, la vida de su padre y de su madre.

WLADI. No importa. Te hubieras ahorrado una traición.

OSIP. ¿De quién era la traición?

WLADI. (*Arrojando el látigo.*) ¡Ah! De mi madre... que me prometió esperar un año...

OSIP. Y luego...

WLADI. Y un momento después faltaba á su promesa.

OSIP. Pero yo hice mía su palabra, y la he cumplido.

WLADI. ¿Qué dices?

OSIP. Si los grandes faltan á sus juramentos y los pequeños á su deber. ¿qué será del mundo?

WLADI. No te comprendo.

OSIP. Soy un hombre honrado y agradecido al bien que se me hace. Vos amábais á Ana; ella os correspondía. y yo os amaba á entrambos.

Acepté el presente que me ofreció vuestra madre, en un momento de injusticia y de cólera; pero lo acepté como un depósito, aunque ignoraba la promesa que vuestra madre os había hecho. Si Ana me hubiese amado, como yo á ella, lo mismo me hubiera importado vuestras amor que me importaban vuestras amenazas hace poco. Pero yo sabía que ella os amaba, porque lo había oído de sus labios. Yo era su amo, como vos habíais sido el mío, por una injusticia de las leyes; vos fuisteis bueno para mí, yo he sido bueno para ella. En vez de decirle con violencia: «sé mi mujer», le he dicho con ternura: «sé mi hermana, y si dentro de seis meses, ó de un año, te ama todavía el hombre que posee tu corazón, ese hombre será tu esposo, te lo juro». Así vivimos hace tres meses: ella confiada, y yo desgraciado, pero firme en mi propósito. Ya veis, señor, que si me hubieras ultrajado, hubieras cometido una injusticia mayor que todas las que hasta hoy se me han hecho. (*Con gran dulzura.*)

WLADI. (*Dándole la mano*) Osip, amigo mio.... ¡perdóname!

OSIP. ¿La amáis todavía?

WLADI. No me lo preguntes ahora.

OSIP. Necesito saberlo.

WLADI. Sí... La amo más que nunca (*pausa*).

OSIP. (*Pasándose la mano por la frente*). También ella os ama, porque es de las que desgraciadamente solo aman una vez en la vida.

WLADI. ¿Estás seguro de que ella no te quiere?

OSIP. Seguro. (*Pausa. Alejándose*) Y sin embargo, llegué á tener alguna esperanza. Vos podíais enamoraros allá en el gran mundo de una dama de vuestra alcurnia, olvidar á la antigua esclava, y entonces tal vez ésta al verse abandonada y despreciada, hubiese vuelto los ojos hacia mí, hubiera estimado mi abnegación y mis sacrificios, y por eso aumentaba yo mis cuidados, mi solicitud y mi ternura. Os lo confieso, sí: he hecho cuanto he podido por conquistar ese corazón que os pertenece.... (*Wladimiro se sienta en un taburete*). No lo conseguí.... ¿quién sabe si para todos es mejor? Tal vez al verme correspondido, la hubiera estimado á ella

menos... ¡Le cuesta á uno tanto hacerse dichoso! En fin: hoy no hay ya esperanza para mí. Vos seguíis amándola y el grito que ella ha lanzado involuntariamente al veros entrar me prueba que os ama y os amará siempre. No se trata, pues, sino de uniros, previo el consentimiento de vuestra madre.

COND. (*Que ha abierto la puerta y escuchado el fin de esta escena, avanzando*) Lo tiene desde ahora.

ESCENA VII

DICHOS, LA CONDESA.

OSIP. ¡Ah! ¿Nos escuchábais? Verdad es que yo no tenía el derecho de prohibíroslo como á ella...

COND. ¿Y crees que ella te ha obedecido?

OSIP. (*Abriendo la puerta.*) ¡Mirad! ¡Nadie!

COND. Es preciso, sin embargo, llamarla, para preguntarle si consiente.

OSIP. ¡Consentirá! Pero no la condenéis á atormentarme en vuestra presencia. Hacedme el doloroso favor de que sea yo quien le anuncie esta buena nueva, y dejadla á ella el pudor de no inmolar públicamente á uno de los dos corazones que la adoran.

COND. Pero ¿cómo vamos á hacer?

OSIP. (*Sonriendo con amargura.*) Ya que habéis podido casarnos contra nuestra voluntad, señora Condesa, debe haber un medio para desunirnos con nuestro consentimiento.

COND. Uno solo: el divorcio.

OSIP. Empleadle, pues.

COND. Pero uno de los esposos divorciados no puede volverse á casar, según nuestra ley.

OSIP. ¿Cuál?

COND. El culpable.

OSIP. Lo seré yo.

COND. Es que tal vez será preciso que te dejes acusar de una mala acción. (*Titubeando.*)

OSIP. Me dejaré acusar.

WLADI. (*Levantándose.*) ¡Oh! no; eso es demasiado; yo no acepto semejantes condiciones. No las acepto. (*Abrazándole.*)

OSIP. No digáis eso, señor; los que aman se sacrifi-

can alguna vez; los que son amados, jamás. Todo lo que vos hagáis, señora Condesa, estará bien hecho, y yo lo acepto desde ahora; todo, todo, hasta la deshonra.

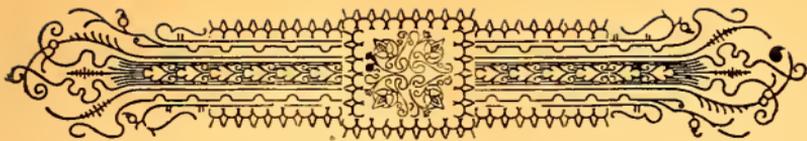
WLADI. Osip (*estrechándole la mano*), te quiero como á un hermano.

OSIP. (*Besándole la mano.*) Pago la deuda de mi padre y de mi madre. Id; id á trabajar por vuestra dicha... y hasta muy pronto.

WLADI. (*Saliendo.*) Este hombre vale más que nosotros, madre mía.

OSIP. (*Solo; dejándose caer en una silla con la cara entre las manos.*) ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciado soy! (*Vuelve á sollozar desesperadamente.*)

TELON



ACTO CUARTO

Decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA, EL PRÍNCIPE, ANA y WLADIMIRO en la terraza del fondo.—LA CONDESA y EL PRÍNCIPE bajan á la escena.

- COND. Positivamente es el barco que debe conducir á tu hija, Boris. Dentro de media hora la tendremos aquí.
- PRINC. Voy á recibirla.
- COND. Y yo también.
- PRINC. ¿Para qué? No te molestes. Además, si trae una negativa es preferible que sea ella quien la anuncie á tu hijo, y que tú no sepas nada antes que él. Podría creer que tú te habías entendido con Lidia.
- COND. ¿Crees que traerá buenas noticias?
- PRINC. Conviene antes saber qué entiendes por buenas noticias.
- COND. Al punto á que han llegado las cosas, mi deseo es que se arreglen á gusto de mi hijo. ¡Ah, mi querido Boris! Hace cuarenta años ninguno de los nuestros se hubiera enamorado de una sierva para casarse con ella. ¿Qué hubieras hecho tú á los veinticinco años en un caso semejante?
- PRINC. Lo que ya he hecho más de una vez. ¡Si uno fuera á casarse con todas las mujeres que le

- COND. gustan! ¡Harto difícil es que á uno le guste aquella con quien se casa!
- COND. (*Señalando á Ana y Wladimiro que están hablando apoyados en el terrado.*) Miralos; ya están como si se hubieran casado.
- PRINC. Ya veremos después. Sin embargo, tienen la edad de las locuras y yo la de las tonterías. La verdad, me cambiaría por ellos.
- COND. Y yo también.
- PRINC. (*Subiendo.*) Hasta luego, y Dios quiera que todo salga bien. Pero si sale mal, ¿qué harás?
- COND. Es fácil adivinarlo. No haré nada, porque no habrá nada que hacer. Lo que me inquieta es lo que hará Wladimiro. ¡Llévese el diablo el amor!
- PRINC. Se librará bien, porque él es el que lo ha traído. ¡Ea! *Au revoir*, como dicen los franceses. (*Va á salir por el fondo y se encuentra con Taldé, que entra por la derecha. A Taldé.*) Hablaba de vos. Hasta la vista (*vase*).

ESCENA II

DICHOS, menos EL PRÍNCIPE.—TALDÉ

- COND. (*A Taldé.*) ¿Habéis visto á Osip?
- TALDÉ. Desde su llegada á Moscou no nos separamos un momento, y por cierto que hemos simpatizado extraordinariamente. Es todo un hombre.
- COND. ¿Y qué dice?
- TALDÉ. No dice nada; hace. La abnegación y él son hijos de una madre. Hay algo de iluminismo en ese hombre. ¡Ah! Creedme, no es un cualquiera. En una palabra: acepta, con la sonrisa en los labios, todos los medios que habéis empleado, con todas sus consecuencias. Quedó en buscarme aquí, porque desea conocer el resultado lo más pronto posible. (*Wladimiro y Ana bajan á escena durante este diálogo.*)
- WLADI. (*A Taldé.*) Buenos días, querido amigo.
- TALDÉ. Felices, querido Conde. (*A Ana.*) Buenos días, señora... señorita... Condesa. (*Aparte.*) No sé como diablos llamarla. (*Alto.*) Hermoso día. (*Aparte.*) Frase cómoda cuando no se sabe

qué decir. (*Wladimiro y la Condesa van al terrado.*)

ANA. Y día señalado para nosotros, porque hoy va á decidirse nuestra suerte. Esperamos á la Princesa Varanoff, que se encargó de todo y que ha prometido traernos la autorizaci6n que necesitamos.

TALDÉ. ¿Tenéis gran confianza en la Princesa?

ANA. No la he visto jamás. Pero la Condesa se ha dirigido á ella, y no sólo ha recibido una contestaci6n satisfactoria, sino que le ha enviado á su propio padre, dándole toda especie de seguridades. ¿Vos la conocéis?

TALDÉ. Sí.

ANA. ¿Y es hermosa?

TALDÉ. De rostro.

ANA. ¿Y de carácter?

TALDÉ. También. ¿El rostro no es el espejo del alma, sobre todo en las mujeres?

ANA. No parecéis muy convencido de lo que decís.

TALDÉ. En vuestra presencia, señora, señorita, no podía yo pensar lo contrario de lo que digo. Cuando vuelva á Francia, tal vez.

ANA. Luego, ¿me estimáis de veras?

TALDÉ. ¿Podéis dudarle? La pregunta me sorprende.

ANA. ¿No os parece mal lo que yo hago? Este matrimonio, con el cual sacrifico la dicha y hasta la reputaci6n de un hombre que no me ha dado sino pruebas de grandeza de alma y de ternura, este matrimonio, si llega á verificarse, ¿no os parecerá una mala acci6n, por lo que á mí toca?

TALDÉ. No.

ANA. ¿De veras?

TALDÉ. Sí.

ANA. ¿En vuestro país, pensaríais lo mismo?

TALDÉ. No se debe juzgar la situaci6n con referencia á los demás países, sino á las costumbres del vuestro. Osip hace un gran sacrificio; pero de este matrimonio, en que nunca pudo soñar, ha sacado, por de pronto, el mayor de los bienes: la libertad, que no hubiera obtenido de otro modo. Es evidente que una vez cumplido el sacrificio, la Condesa, Wladimiro y vos haréis cuanto esté en vuestra mano para llenar su vida de todas las felicidades posi-

bles. Además, vos le amáis como á un hermano y no le habéis dado esperanza ninguna de amarle de otro modo. No es, por lo tanto, vuestro amor lo que él sacrifica, sino el suyo, y lo sacrificaba antes como después del matrimonio, porque antes y después sabía que amábais á otro.

ANA. Pero acordado el divorcio, porque él acepta la responsabilidad que no tiene, no podrá casarse con otra mujer.

TALDÉ. ¿Y para qué había de casarse con otra mujer si no ama á nadie más que á vos?

ANA. ¿Y si la desesperación le conduce á la embriaguez... al suicidio?

TALDÉ. No. El no es de los hombres que el dolor envilece; al contrario, es de aquellos que el dolor santifica.

ANA. ¿Luego no tengo nada de qué acusarme?

TALDÉ. No.

ANA. ¿Ni qué temer por él?

TALDÉ. Tampoco.

ANA. Gracias, amigo mío. (*Wladimiro vuelve á escena.*) Tenía necesidad de oír esas esplicaciones. Hace algún tiempo que estaba intranquila, porque yo no quisiera felicidad propia que causase el infortunio ajeno. (*Se aleja por la derecha diciendo á Taldé de nuevo:*) Gracias (*Va á unirse á la Condesa.*)

TALDÉ. (*A Wladimiro que se ha acercado*) ¿Estáis inquieto?

WLADI. Sí.

TALDÉ. ¿Tenéis, como yo, poca confianza en la generosidad de la Princesa?

WLADI. Creo... no puedo menos de creer en los hombres que se sacrifican por otro hombre: no creo aún en las mujeres que se sacrifican por otra mujer.

TALDÉ. Quizá no os amaba tanto como ella decía...

WLADI. Es posible.

TALDÉ. En tal caso, hay esperanza, porque tendría todo el mérito del sacrificio sin sus espinas. (*Entran Lidia y el Príncipe por el fondo.*) De todas maneras, pronto saldréis de dudas. Aquí llega con su padre. (*La Condesa viene á abrazar á Lidia y bajan á la escena. Ana á la derecha. El Príncipe á la izquierda de Taldé.*)

ESCENA III

DICHOS, LIDIA Y EL PRÍNCIPE.

- LIDIA. (*Entrando.*) ¡Condesa! (*Se besan.*)
COND. ¿Habéis traído buen viaje?
LIDIA. Excelente.
COND. ¿No venís cansada?
LIDIA. Un viaje por un río no causa. Un río es un camino que anda.
TALDÉ. (*A Lidia en voz baja.*) ¿Qué noticias?
LIDIA. Medianas.
LIDIA. (*A Wladimiro.*) Adiós, querido Conde (*Dándole la mano.*)
WLADI. No tengo necesidad de deciros, Princesa, cuánto os agradezco lo que habéis hecho por mí, sea cualquiera el resultado.
COND. (*Presentando á Ana.*) Ana, mi ahijada.
ANA. Que viene también, Princesa, á manifestaros su profunda gratitud por vuestro interés en favor suyo. (*Haciendo una profunda reverencia.*)
LIDIA. ¿Quién no se hubiera interesado por una situación como la vuestra, y quién al veros no comprende los sentimientos que inspiráis de cerca y de lejos? Por eso, señorita, siento doblemente daros una noticia desagradable.
TALDÉ. (*Aparte.*) No anuncia más que desdichas.
ANA. ¿Una negativa?
LIDIA. Desgraciadamente. (*Ana palidece y vacila, pero se repone al punto.*)
TALDÉ. ¡Ah!... ¡Es imposible!...
ANA. Negativa... ¿sin apelación?
LIDIA. Sin apelación. Cuando salí de Moscou estaba casi convencida del buen éxito... Sin embargo, en Nijni, donde como sabéis, me detuve algunos días, una carta del Gobernador general me anunciaba que todo estaba perdido.
WLADI. ¡Perdido!
LIDIA. Creed que he necesitado valor para continuar mi viaje.
COND. ¿Y qué razones dán?
LIDIA. La causa principal de la negativa es que aun antes de entablar el proceso de divorcio, el código exige que los esposos hagan tres años

vi la común. Además el Emperador ha añadido lo que no quiere oír hablar de divorcio, porque la nobleza abusa de algún tiempo á esta parte y Su Majestad no quiere que este mal se propague por el pueblo.

COND. ¡El pueblo! ¡El pueblo! Me parece que ahora se trata de nosotros.

LIDIA. De hecho sí, Condesa: legalmente, no: porque se solicita el divorcio de dos campesinos declarados libres por vos.

COND. Debiera yo haberme encargado del asunto...

LIDIA. Dudo que hubierais sido más afortunada que yo.

WLADI. Yo no quise que mi madre se molestara, porque á nadie más que á vos, Princesa, deseaba agradecer este favor. Me parecía que ninguna otra persona pondría tanto empeño en complacerme.

LIDIA. Y mi insistencia ha sido tal, que he estado á punto de perder la influencia que tengo.

WLADI. Sólo me resta daros las gracias y pedir os perdón por la molestia que os he causado. (*Sube un poco hacia el fondo.*)

COND. (*A Wladimiro.*) ¿Lo ves? ¿Por qué me detuviste? ¿Piensas que estos cabellos blancos no hubieran producido efecto? Ya se recordaría allí quién soy yo... ¡una negativa formal y rotunda!... ¿Y qué hacer ahora? ¡Yo... que consentía en pisotear mis principios y mis ideas más arraigadas por librarte de la desesperación y quizá de la muerte... verme así desairada!... (*Levantándose.*) ¡Oh! no; no puede ser. Amar á un hijo hasta la pasión, hasta la locura, no vivir sino por él y para él y castigarse este amor de una manera semejante... ¡Oh!... (*Lidia se levanta. La Condesa vacila por exceso de su indignación y Wladimiro y Ana acuden á sostenerla y llevarla á su cuarto, pasando por el terrado.*)

WLADI. (*Acudiendo.*) ¡Ah! ¡Madre mía!

COND. (*Yéndose.*) Déjame: no es nada. Necesito un poco de aire... Iré yo misma á San Petersburgo, y veremos si se le niega á la Condesa Danicheff la única cosa que ha solicitado en toda su vida. (*Vase con Wladimiro y Ana por el terrado.*)

PRINC. (*Siguiéndolos.*) ¿Pero qué he venido yo á hacer aquí? (*Vase.*)

ESCENA IV

LIDIA. TALDÉ

LIDIA. ¡Pobre mujer! ¡pobre madre! ¡Verdaderamente me da lástima!

TALDÉ. ¿Verdaderamente?

LIDIA. Sí... ¿Pensáis, tal vez?...

TALDÉ. La verdad es que yo me decía: la princesa Lidia es una mujer de corazón y de entendimiento. Los días afortunados son aquellos en que el entendimiento y el corazón marchan á la par; pero los hay en que van el uno detrás del otro, encargándose el corazón de corregir los errores del entendimiento.

LIDIA. No adivino...

TALDÉ. Habéis hecho dos promesas, respecto de Wladimiro: primera, la de vengaros; segunda, la de ayudarle. Una mañana al despertar os habéis encontrado frente á frente de esas dos promesas, y os habéis dicho: imposible cumplir las dos: mas siendo indispensable faltar á una de ellas habéis faltado á la que os pareció menos agradable. Esto es lo que he sospechado..., un instante nada más, porque al veros hacer poco tan conmovida, he rechazado semejantes suposiciones, de tal suerte, que me apresuro á pedir os indulgencia por haberlas tenido, y á felicitar á vuestro corazón... aunque tal vez llegue demasiado tarde.

LIDIA. Tenéis razón, caballero.

MARIA. (*Saliendo por la derecha.*) Princesa, ya está preparada vuestra habitación.

LIDIA. Voy, pues. (*La sierva se va. Lidia desde la puerta, hace á Taldé una gran reverencia y se va también.*)

ESCENA V

TALDÉ solo, luego OSIP.

TALDÉ. ¡Vamos! Me parece que he dado en el blanco. Lo que no sé es cómo se va á salir de este enredo. La niña ha hecho un grande esfuerzo so-

bre sí misma, pero su aparente tranquilidad es poco tranquilizadora. No puede uno saber á qué atenerse con estas naturalezas vehementes, cuando están tranquilas.

OSIP. *(Sale.)* Caballero... *(Inclinándose.)*

TALDÉ. Adiós, Osip. *(Aparte.)* Otro vehemente. *(Alto.)* ¿Y qué, amigo mio, habéis conseguido lo que deseabais?

OSIP. Creo que sí, y de todas maneras os agradeceré eternamente lo que habéis hecho por mí.

TALDÉ. Yo sabía que al ponerlos en relación con ese hombre, él haría lo posible por dar un disgusto á la Princesa.

OSIP. ¿Pero, hay noticias? Esperaba que os quedáseis solo para preguntaros.

TALDÉ. Las hay. El divorcio negado.

OSIP. Sin embargo, no hay más remedio que unirlos porque se aman. ¿Había yo de haber sufrido tanto para nada?

TALDÉ. Bien: pero no queda recurso contra la decisión terminante del Emperador.

OSIP. ¡Oh!... Nunca faltan.

TALDÉ. *(Mirándole.)* ¿Sabéis de alguno?

OSIP. Sí.

TALDÉ. Pues yo sólo conozco uno: la muerte del primer marido.

OSIP. Ese es el último.

TALDÉ. *(Aparte)* ¡Diablo de hombre! Tiene una manera de entender la abnegación que le pone á uno los pelos de punta. *(Alto.)* En fin, ¿vos queréis que ese matrimonio se verifique á todo trance?

OSIP. A todo trance deseo la felicidad de Ana. A vos os ruego que no digáis á nadie que me habéis visto, excepto á la Princesa Varanoff.

TALDÉ. ¡La Princesa!

OSIP. Quiero pedirle como último favor que me conceda unos momentos de audiencia.

TALDÉ. Sea.

OSIP. Yo entro aquí, en el oratorio de la Condesa. ¿En que otro lugar hallaré mejor consejo? El Conde llega.... os dejo con él. *(Entra en el oratorio.)*

ESCENA VI

TALDÉ. WLADIMIRO *por la derecha.*

TALDÉ. ¡Ah! ¿Y vuestra madre?

WLADI. Algo más tranquila; se figura que en llegando á San Petersburgo obtendrá cuanto pida. Yo no abrigo esa ilusión. Creo, por el contrario, que todo es inútil. (*Se sienta.*)

TALDÉ. (*De pie cerca de él.*) ¿Y qué pensáis hacer?

WLADI. Marcharme de este país.

TALDÉ. ¿Solo?

WLADI. No; y para esto necesito de vuestra amistad.

TALDÉ. Decid en qué puedo serviros.

WLADI. Sabéis que no se puede salir de Rusia sin un pasaporte en toda regla. Yo puedo sacar el mío; pero hay otra persona que tendrá necesidad de llevar el suyo con nombre supuesto. Confío, pues, en que por vuestras relaciones me proporcionaréis un pasaporte de mujer cuyas señas convengan con las de Ana.

TALDÉ. ¿Consiente en acompañaros?

WLADI. (*Levantándose*) Consentirá porque me ama y porque no hay otro remedio.

TALDÉ. No habléis tan alto. Podrían oírnos.

WLADI. Pero...

TALDÉ. Contad conmigo. Hoy mismo trataré de complaceros. (*Aparte*) ¡Hum! No lo veo fácil, sobre todo si Osip ha escuchado. (*Vase derecha.*)

ESCENA VII

WLADIMIRO *solo; después ANA*

WLADI. (*Solo á la izquierda.*) Lo importante es huir. Una vez que pasemos la frontera, diré á mi madre dónde estamos y vendrá con nosotros. ¿No hay más mundo que Rusia, por ventura?

ANA. (*Llega por la derecha.*) Me han dicho de vuestra parte que viniera aquí á buscaros, y aquí estoy.

WLADI. Ya te puedes figurar que tengo que hablarte, querida Ana.

- ANA. ¡Sí! Tenemos que hablar, y de cosas muy tristes, ciertamente.
- WLADI. ¿Sufres?
- ANA. Mucho.
- WLADI. ¿Y en qué consiste que pareces tan tranquila?
- ANA. En que reconozco que mi dolor es merecido y que Dios es justo al castigarme.
- WLADI. ¿Por qué?
- ANA. Porque soy culpable; culpable de orgullo y de ingratitud: de orgullo, al ambicionar, al menos aparentemente, una posición, una felicidad y una fortuna á que mi nacimiento no me da derecho ninguno; de ingratitud, al abandonar y sacrificar por vos á un hombre que me ama más que á su vida.
- WLADI. ¿No me amabas antes á mí?
- ANA. Sí.
- WLADI. ¿No te han impuesto por fuerza este matrimonio?
- ANA. Sí.
- WLADI. ¿No ha sido ese hombre el primero en comprender que el lazo con que forzosamente te habías unido á él no podía anular el compromiso que libremente habías contraído conmigo?
- ANA. Sí; pero esto, ni le impedía amarme, ni hoy le impide sufrir. ¡Quién sabe si al acercarse á mí inopinadamente, al ser mi marido legal, la Providencia no quiso darme á entender que él era el único y verdadero marido que yo debía aceptar! ¡Quién sabe si con esto me decía la voz del cielo: ese es un hombre de tu raza y de tu clase; fuera de él y sobre él no hay sino vanidad ridícula, lucha peligrosa, remordimiento seguro!...
- WLADI. ¿Pero ya no me amas á mí? ¿Le amas á él, por ventura?
- ANA. ¡Ojalá! ¿Si no os hubiese amado, no sería yo tan implacable para vos como lo soy para él? ¿Acaso nosotras, las mujeres, no somos tan egoístas y cobardes, que inmolamos sonriendo el amor que hemos encendido, por sincero y generoso que sea, al amor que nosotras sentimos, por fútil que pueda ser? No, Wladimiro, no: os amo... y en este momento tal vez más que nunca.

WLADI. Entonces ¿qué nos importan los obstáculos materiales que los hombres y los sucesos pueden poner entre nosotros? Y si Dios los ha permitido, ¿quién te dice que no es para ver si tenemos la gloria de vencerlos?

ANA. Sea. ¿Qué habéis resuelto?

WLADI. Huir.

ANA. Yo también.

WLADI. Mañana mismo.

ANA. ¿Y adónde vais?

WLADI. (*Abrazándola.*) Donde quieras. ¿Qué me importa el país, con tal de que nos dé la libertad? A Oriente, donde los días son más largos y las noches más serenas: iremos á esos países encantados, en que la naturaleza no exige al hombre sino el deseo de ser dichoso. Bajo un cielo eternamente azul, romperemos las cadenas que aquí nos oprimen y olvidaremos las leyes que aquí nos imponen inventos humanos que no están escritos en ninguna parte por la mano de Dios. (*Con vehemencia.*)

ANA. Os equivocáis: esas leyes están escritas en nuestra conciencia. No habéis interpretado bien mis palabras. Al hablar de huir, quería decir que huía del mundo para retirarme á un claustro... para no volvernos á ver jamás.

WLADI. ¿Qué dices?

ANA. Entre Osip y vos... no pudiendo permanecer al lado de uno, ni debiendo vivir al lado de otro, sólo caben el retiro y la soledad. Si yo fuese libre, si no fuera más que Ana, la sierva sin familia, sin derechos y casi sin deberes, quizá consintiera en acompañaros, porque os amo con demasiada ceguedad para no atropellar esas leyes humanas de que vos queríais prescindir: pero yo no soy Ana Ivanowna; soy la mujer de Osip, y harto he destrozado su corazón para añadir á esto la deshonra de su nombre. Desde hoy debo someterme á los decretos del destino y oír la voz de mi conciencia. He muerto para Osip y he muerto para vos. Sean estas palabras, Wladimiro, nuestra eterna despedida.

WLADI. Tienes razón, Ana... Adiós para siempre... para siempre, porque el dolor me matará. (*Estrechándola las manos, y casi sollozando.*)

ESCENA VIII

DICHOS. OSIP, *que ha oído las últimas palabras.*

OSIP. ¿Para qué tres sacrificios, cuando con uno basta?

WLADI. ¡Tú aquí, Osip!

OSIP. Sí; os oía, y os juzgaba. Los dos sois dignos de lo que he hecho y de lo que todavía pienso hacer por vosotros. La muerte voluntaria es un crimen, y yo no quiero que vos muráis, vos, por quien tanto he sufrido, ni que se levante mi sombra entre ambos toda vuestra vida, porque ninguno de los dos sois culpable. (*Movimiento en Ana y Wladimiro.*) ¡Oh! no temáis; tampoco yo moriré. Cuando Dios se apiada de sus criaturas no las abandona á la desesperación. Si hubieseis sido esclavo como yo, y hubieseis pasado largas noches mirando al cielo é implorando su misericordia, como lo he hecho durante toda mi infancia y toda mi juventud; como lo he hecho, sobre todo, de seis meses á esta parte, reconoceríais al punto la voz de Dios, aun en medio del clamoreo de vuestras pasiones mundanales. Dios me habla á mí, porque el infortunio de toda mi vida me ha acercado á El. Os he jurado que seríais el uno del otro, y yo soy de esos humildes seres que no tienen el derecho de faltar á sus juramentos. (*Wladimiro se adelanta.*) Idos, señor. (*Ana hace un movimiento.*) Vete, hermana mía, y confiad en mí.

ANA. (*A Wladimiro.*) ¿Qué va á hacer?

WLADI. Esperemos. Es un hombre extraordinario. (*Vanse.*)

ESCENA IX

OSIP. LIDIA.

(*Osip reflexiona un momento y luego se dirige á la habitación de Lidia que sale.*)

LIDIA. ¿Eres tú Osip? (*Mirándole con altanería.*)

OSIP. ¿Y vos, señora, sois la Princesa Waranoff?

LIDIA. El señor de Taldé me ha dicho que deseabas hablarme: yo tenía también el mismo deseo, porque es curioso conocer y ver de cerca á un héroe de abnegación como tu. (*Se sienta.*)

OSIP. Y yo, señora Princesa, podría contestaros, si hablase en el mismo estilo, que uo es menos curioso conocer á una mujer joven, bella y poderosa que lejos de ser compasiva como deben serlo los que han recibido tantos dones de la Providencia, prefiere el odio al amor y la venganza al perdón.

LIDIA. ¿Qué quieres decir?

OSIP. Quiero deciros, señora, que al encargaros de alcanzar ese divorcio, no teníais más objeto que impedir que otra persona lo obtuviera, y que no solamente no lo habéis solicitado, sino que habéis hecho todo lo posible porque lo negaran.

LIDIA. Es verdad. Yo amaba á un hombre que no me correspondía, y quise que sufriera tanto como yo he sufrido.

OSIP. Y yo amaba á una mujer que no me correspondía y no quiero que sufra lo que yo.

LIDIA. Es ese un heroísmo que no comprendo.

OSIP. Peor para vos.

LIDIA. (*Levantándose.*) Acabemos: ¿qué es lo que pretendes? Porque yo no he venido aquí á oírte un sermón. á pesar de que me han dicho que posees notables disposiciones místicas.

OSIP. Pretendo que deshagáis lo que habéis hecho, señora Princesa.

LIDIA. No.

OSIP. ¿No podéis?

LIDIA. No.

OSIP. Si pudieseis ¿lo haríais?

LIDIA. No. No perdono jamás al que me ofende.

OSIP. Que el cielo sea más misericordioso con vos.

Última pregunta. ¿Hay alguien en el mundo que pueda obtener lo que á vos os han negado?

LIDIA. Nadie.

OSP. Está bien, Princesa, y á menos que tengáis algo que mandarme, yo por mi parte nada tengo que deciros. (*Yendo al terrado*) ¡Señor Conde; señora Condesa! (*á la izquierda*) Ana Iwanowna, venid todos..., (*á Mariana*) Mariana, ruega al Padre Andrés que venga también. (*En*

tran todos, y el Padre y su escribiente los últimos)
¡Wladimiro Danicheff. Ana Ivanówna, uníos y sed felices!

COND. (*Aparte.*) ¿Qué es esto? ¿Está loco?

LIDIA. Pero habiendo negado Su Majestad el consentimiento para el divorcio, ya sabes que no pueden casarse, al menos mientras tú vivas.

OSIP. Perdonad, alteza, pero hay otra solución en que nadie ha pensado. (*Al Padre*) ¿Es verdad, padre mío, que cuando el marido renuncia al mundo para consagrarse perpetuamente al servicio de Dios, la mujer queda libre?

P. AND. Sí, hijo mío, á condición de obtener una dispensa que le desligue del juramento del matrimonio, lo cual es un favor muy extraordinario.

OSIP. (*Sacando un papel.*) He aquí la dispensa.

TODOS. ¡Ah!

OSIP. La he obtenido gracias á la intervención de M. de Taldé.

TALDÉ. (*Tomando el papel.*) Yo... (*Leyendo.*) ¡Ah! comprendo.

LIDIA. ¿Cómo? ¡Habéis sido vos!...

TALDÉ. (*Acercándose á ella.*) No; Princesa, todo lo ha hecho Zakaroff. Ha fundado expresamente una iglesia que le cuesta doscientos mil rublos. (*Bajo á Lidia*) Es tan vengativo como vos; sólo que él se ha vengado de veras.

OSIP. (*Al P. Andrés*) Ahora, padre mío, inscribid en el libro de vuestra parroquia la solemne declaración que aquí hago de consagrarme perpetuamente al servicio de Dios. El Zar es el señor de su pueblo, pero Dios es el Señor del Zar. (*El Sacerdote escribe.*)

COND. ¡Ah! ¡Generoso Osip! ¿Qué puedo hacer en favor tuyo?

OSIP. Gracias, señora; yo no necesito nada.

WLADI. ¡Mi salvador!

ANA. ¡Mi amigo!

OSIP. Llamadme ¡hermano! Permitid ahora que, según nuestra santa costumbre y mientras todavía soy Osip, me incline humildemente ante vosotros y os pida perdón por todas las faltas voluntarias é involuntarias que he podido cometer. ¡Quien quiera que seáis, todos los presentes, perdonad el mal ó la molestia

que os haya causado! (*A Ana, besándola en la frente.*) ¡A ti, Ana, soy yo quien debo perderte... y te perdono! (*Va á firmar el acta y despues se dirige hacia la capilla.*)

ANA.

¡Osip!...

OSIP.

¡Ana! (*Hace ademán de dirigirse hacia ella.*)

P. AND.

¡Hijo mio! (*Señalándole la capilla. Al ver el ademán del sacerdote, Osip hace un esfuerzo sobre sí mismo y consigue vencerse encaminándose hacia la capilla pálido y descompuesto aunque con firmeza. Este momento queda encomendado á la inspiración artistica del actor. Mientras Osip se dirige al templo Ana solloza y los demás personajes que están en la escena revelarán en sus semblantes la tristeza que les inspira el acto, menos la Princesa. Cuadro.*)

FIN DE LA COMEDIA





ADVERTENCIAS IMPORTANTES

El actor que interprete el papel de Osip debe de caracterizarse de la siguiente manera: barba rizada, no muy larga y un poco abierta, parecida á la que se ve en muchos de los cuadros que representan á Cristo. Melena también rizada y corta, ó sea lo que en términos teatrales se llama media melena.

El traje de Osip consiste en una túnica roja, con mangas cerradas del propio color. Capotillo azul, sin mangas, y abierto por delante para que deje ver la túnica, que debe sujetarse con un cinturón de charol y hebilla blanca. Botas altas de charol, pantalón bombacho, no muy ancho, y gorro redondo forrado de astracán negro. Conviene que el actor use el mismo traje en todos los actos.

Ana debe de usar también el traje de las campesinas rusas; es decir, corpiño de terciopelo ó de pana morado, adornado sencillamente con cordones de seda que se cruzan por delante; delantal corto y falda no muy larga adornada con franjas bordadas. En el acto tercero, cuya acción se supone ocurrida en pleno invierno, puede llevar un abrigo corto festoneado de pieles, y en la cabeza una cofia bordada de colores, que la actriz puede hacer á su capricho. En el primer acto debe de llevar las trenzas sueltas y rubias.

Mariana, y los demás campesinos rusos, vestirán de una manera análoga, aunque empleen colores diferentes. Los aldeanos pueden llevar botas de cuero, pantalón bombacho, chaqueta larga con adornos imitando pieles y gorro redondo con fondo negro y vueltas de astracán.

Nikifor puede vestir un traje parecido; pero conviene

que la chaqueta sea una especie de guerrera de las que lleva el ejército ruso. No hay que olvidar que este personaje es asistente de un capitán.

El conde Wladimiro puede vestir el uniforme ruso en el primer acto, ó traje de campo, según tenga por conveniente. En el acto segundo puede vestir de frac ó de uniforme, y en el tercero, que, como queda dicho, pasa en invierno, cerca de Moscou, puede llevar un traje de americana, pantalón bombacho y botas altas. La americana debe de estar forrada de pieles ó de astracán. También usará el gorro ruso, con vueltas de pieles blancas.

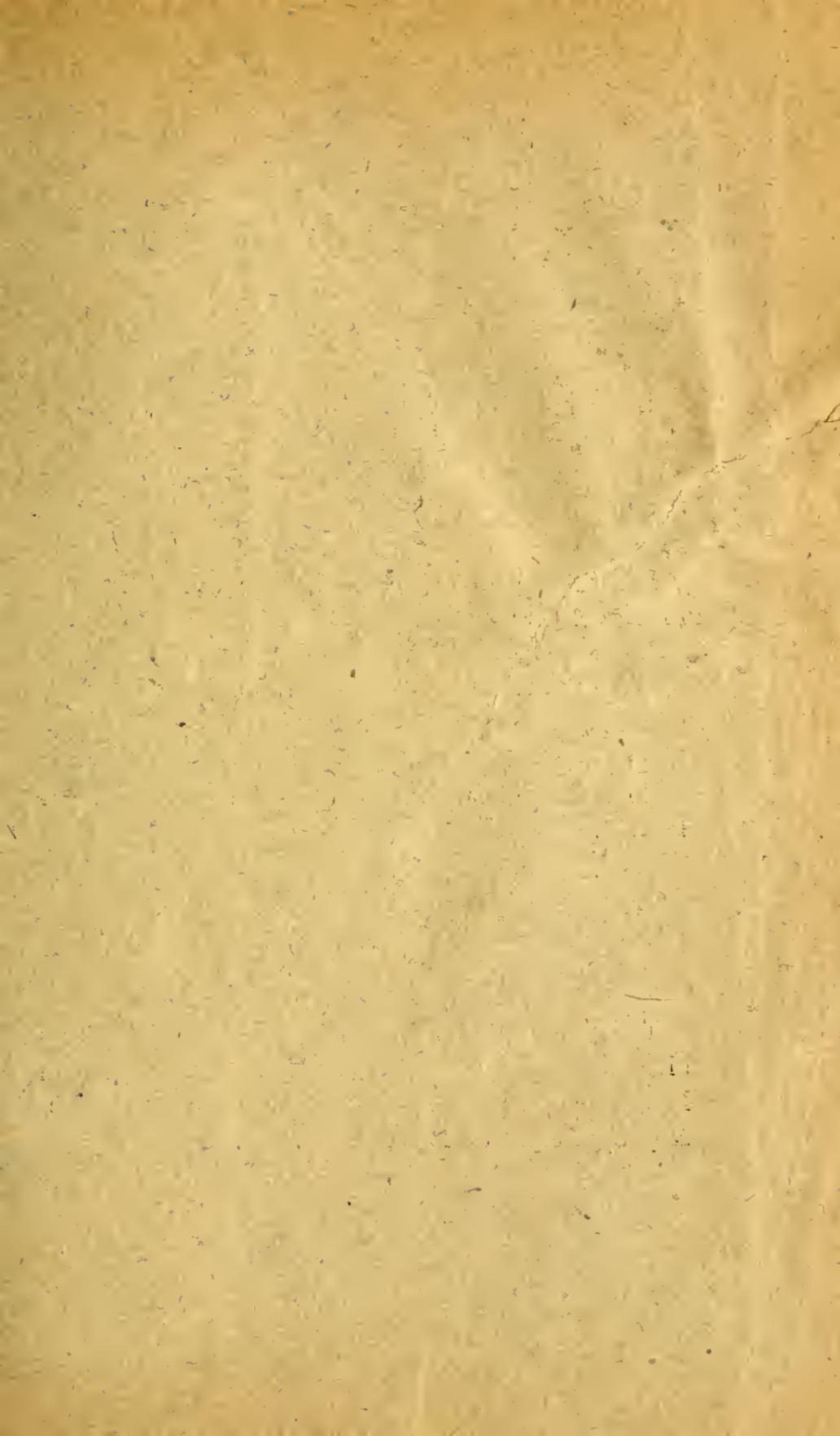
Zakaroff llevará un largo levitón oscuro, muy raído, botas altas, bombacho y el gorro del país. El actor que interprete este papel, cuidará de caracterizarlo en forma que represente un verdadero judío. Barba larga puntiaguda y gris, como la que se ve en los cuadros de historia.

El sacerdote usará el traje talar propio del rito griego, y llevará también barba gris. De su cuello penderá un largo rosario con imágenes de plata. El bonete es de forma de mitra; es decir, estrecho por abajo y ancho por arriba, adornado con una especie de velo que cae por su espalda.

La princesa Lidia, la condesa Catalina, la señora Germain, Linder, Kouref, Roger de Taldé y el príncipe Waranof, á la francesa, ó sea de frac los caballeros y traje de recepción las señoras. La Condesa debe de llevar un gabán forrado de pieles en el tercer acto y otro la Princesa en el acto cuarto. Todos estos detalles son muy necesarios para que la comedia tenga el ambiente del lugar donde se supone ocurrida la acción.

Las compañías de provincias que necesiten más detalles respecto de la indumentaria de LOS DANICHEFF pueden dirigirse á sus autores ó á la galería de los hijos de Hidalgo.





PUNTOS DE VENTA

M A D R I D

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *Gutenberg*, Plaza del Príncipe Alfonso; de los *Sres. Simón y C.^a* calle de las Infantas, 13, y del *Sr. Escribano*, Plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.